

Senequismo y picaresmo (Continuación)

POR

ESTANISLAO RAMON TRIVES

V

ETIOLOGIA PICARESCA

Tres son las coordenadas que determinan la razón motriz de este ente que empieza a ser y moverse en el mundo picaresco: «Necesidad», «Negra honrilla» y «Espíritu deambulativo». Si bien las tres sean móviles de su devaneo existencial, sólo la «necesidad» continúa siendo móvil de todo su ser y pensar, el acicate constante de la búsqueda de la moralidad.

Instigado por la «negra honrilla» y amparado en su «espíritu deambulativo», el pícaro emprende su muy largo trasiego para dar solución a la «necesidad». A lo largo de múltiples y constantes experiencias llega a convencerse de que ésta no puede ser solucionada sin una auténtica moralidad.

La etiología picaresca se traduce en un móvil, principio y fin, muy primario y elemental. Y aunque el sesgo de tan baqueteada y agitada vida pueda calificarse de senequista, ya se ve que su etiología está muy lejos del verdadero y auténtico senequismo.

«No sé después lo que hiciera, porque al fin todo lo nuevo aplice y más a quien como yo tenía espíritu deambulativo, amigo de novedades». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 437b.

«Donde la razón y entendimiento no despachan, es fundir el oro, salga lo que saliere, y adorar después un becerro». O. c., Parte I, pág. 255a.

«... que no hay hombre cuerdo a caballo». O. c., pág. 257a.

«No hay hombre cuerdo a caballo y menos en el desbocado de la juventud... Erame importantísimo salir de Florencia, huyendo de mí mismo, sin saber a qué ni adónde...» O. c., Parte II, pág. 437b.

«Terrible animal son veinte años». O. c., Parte II, pág. 438b.

«... dellas me dejó mi padre / dellas me ganara yo». Alonso de Castillo Solórzano, *La niña de los embustes*, pág. 1332a.

«Dicen bien que el deseo vence al miedo, tropella inconvenientes y allana dificultades..., que el corazón manda las carnes». Guzmán de Alfarache, Parte I, págs. 275b y 277a, respectivamente.

«Y siendo más fácil el deshacer que el hacer (como dijo el filósofo), no hay que dudar, sino que será más fácil esta nuestra —arte—, que todas las demás, cuyo fin se alcanza con mucha pena, dificultad y trabajos... he hallado la piedra filosofal y el verdadero Eleysir vittae (sic), con que convierto el veneno en medicina, el sayal en brocado y el hambre en hartura, sin poner de caudal otro que la manipulación». Carlos García, *La Desordenada Codicia de los Bienes Ajenos*, pág. 1157b y a.

«Así que vuestra merced no vitupere a bulto nuestra arte, porque ofendería a todo el mundo y por ventura a sí mismo, pues nemo sine crimine vivit». O. c., pág. 1158b. En realidad, el pícaro medra «de crimine».

Prácticamente, el pícaro siente pasión por el «cuidado», pese a lamentarlo continuamente, y llega a hacerlo ley de vida, de forma que lo lamenta cuando lo sufre y lo busca tan pronto como le falta: «Siendo para mí aquella una vida descansada, nunca me pareció bien y menos para mis intentos». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 299a.

«Reventaba con esto y por no poderme apartar de allí un punto, por esta negra honrilla. Mateo Alemán, Guzmán Alfarache, Parte II, pág. 409a.

«De ti mismo es bien que tengas vergüenza, para no hacer, aun a solas, cosa torpe ni afrentosa». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 296b. Frase digna de las Cartas a Lucilio de Séneca, quien aconseja que la mansión particular no oculte sino que tan sólo albergue.

«Digo que sentí mucho volver sin capa, habiendo salido con ella, ni quedarme —a manera de hablar— en el barrio. Hícelo punto de honra... Pluguiera Dios —orgulloso mancebico, hombre desatinado, viejo sin seso—, yo entonces entendiera o tú ahora supieras lo que es honra, para los dislates que haces y simplezas que sigues». O. c., pág. 296b.

«Dejando esto a una parte, te confieso que a los principios anduve algo tibio, de mala gana y, sobre todo, temeroso; porque como cosa nunca usada de mí se me asentaba mal y le entraba peor, y todos los principios

son dificultosos. Mas, después que me fui saboreando con el almíbar picaresco...» O. c., pág. 300b.

El pícaro quiere curarse en salud de la crítica y salvar la «negra honrilla». El problema es el mismo, un exacerbado amor senequista a la propia libertad, independencia y personalidad, pero solucionado con absoluta independencia de todo orden establecido en cuanto se considera aliado de la justicia social. En el caballero la independencia es altruista; en el pícaro es total y mezquina. El mismo afán de libertad e independencia, solucionado de dos formas literarias distintas, totalmente verosímiles. Ambas justifican la existencia de dos estratos sociales, de caballeros andantes, buenos vasallos incluso fuera del reino, y de pícaros, tramposos y malos vasallos que medran sobre todo dentro de él.

Una obra de arte puede ejercer su influjo redentor, superador, de muy diversas maneras: unas veces por el simple relato, y otras por su carácter intencional, por su tesis superior. La Picaresca utiliza varios niveles perspectivísticos, esencialmente dos, siendo con frecuencia el más humilde, el más bajo el que afina más y apunta más elevado.

Las ideas madres, la iluminación intelectual que como chispas salta a cada choque del pícaro con la realidad, son esencialmente senequistas. No es una literatura en que el autor se defina a sí mismo como él es o como quisiera ser. En ella se adopta una perspectiva, la del pícaro, la del niño, para entre bromas y chanceos, hablar en serio y realizar un diagnóstico. «... pero como mi deseo fuese de acomodarse luego, y no andarme *holgazán, atalaya perdida de casas ajenas...*» Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera, *El Donado Hablador Alonso*, pág. 1238a. Es la «atalaya perdida», ambulante, desde la que todo va a quedar fríamente analizado. Parece que con la perspectiva del pícaro, todo queda aclarado, quedando los valores agrandados y los vicios espejados con ocasión del rastreo interminable del pícaro protagonista. El autor de libros tales tiene operante la idea de que la verdad sólo se ofrece a los esforzados, a los que ocupan la perspectiva adecuada, la que más a ras de tierra se coloca.

«Atalaya de la vida humana» dice Mateo Alemán que es su obra. Paradójica definición de esta inteligente obra de arte. No es a una atalaya, a un palacio, adonde hace subir a su protagonista, sino que lo sume en la más humilde y humillante existencia, la más despreciada, pero la de mirada más ambiciosa, que tomando cuerpo en los estratos más humildes de la vida humana, se va extendiendo hasta abarcar con su mirada la existencia toda. Verdadera atalaya y atalaya verdadera. Su mirada no tendrá límites, porque las raíces de su perspectiva son tan profundas como la tierra.

«La vida del hombre, milicia es sobre la tierra: no hay cosa segura

ni estado que permanezca, perfecto gusto ni contento verdadero; todo es fingido y vano». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 269b.

«... y el Discontento está metido dentro». O. c., pág. 270b.

«¿Quién imaginara que había de faltarme lo necesario? No pensé que había tantos trabajos y miserias». O. c., pág. 271b.

«La de los pícaros —casa— no se duerme...» O. c., pág. 321a.

«Quedé huérfano, mozo, solo o mal acompañado y sin consejo, sin saber a qué parte volverme, ni qué tomar para sustentar la vida que me habían dejado aquellos señores». Carlos García, *La Desordenada Codicia de los Bienes Ajenos*, pág. 1160a.

«Entonces les hubiera sucedido bien, si la fortuna no rodara y les volviera las espaldas». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 290b.

«La gente villana siempre tiene a la noble —por propiedad oculta— un odio natural, como el lagarto a la culebra...» O. c., pág. 291a.

«... volviendo sobre sí, determinó fiar sus desdichas en manos de fortuna, su enemiga...» O. c., pág. 293a.

«Conocí entonces lo que es una blanca y cómo el que no la gana no la estima, ni sabe lo que vale en tanto que le falta». O. c., pág. 295b.

«... y consejo sin remedio es cuerpo sin alma». O. c., pág. 323a.

«La necesidad enseña claros los más oscuros y desiertos caminos. Es de suyo atrevida y mentirosa, como antes dijimos en la primera parte». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 423b.

Parece ser una justificación de las travesuras del pícaro, que más que maldad son necesidades y muchas las que tiene.

«A cuán derecha regla, recorrido nivel y medido compás ha de ajustarse aquel desventurado pretendiente que por el mundo ha de navegar, esperando fortuna de mano ajena». Guzmán de Alfarache, Parte I, página 352b.

«Llegué a una venta sudando, polvoroso, despeado, triste y, sobre todo, el molino picado, el diente agudo y el estómago débil». O. c., página 255b.

Parece como si las briznas picarescas sólo se movieran impulsadas por la necesidad, sexto sentido del hombre de que habla Menéndez Pelayo a propósito del autor de *La Segunda Parte de Lazarillo de Tormes*, H. de Luna.

«¡Oh, codicia, lo que haces! ¡Oh miseria, a qué de bajezas te pones! Ninguno ha tenido las dos, que con la primera no se haya visto en muchas afrentas y con la segunda no haya gastado más que lo hiciera un generoso. Baste ya de sermoncito y volvamos a Trapaza...» Castillo Solórzano, *Aventuras del Bachiller Trapaza*, pág. 1450b.

«Veisme aquí sin uno y otro padre, la hacienda gastada y, lo peor de

todo, cargado de honra y la casa sin persona de provecho para podella sustentar». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 253a.

«Yo fui desgraciado, como habéis oído: quedé solo, sin árbol que me hiciese sombra, los trabajos a cuestras, la carga pesada, las fuerzas flacas, la obligación mucha, la facultad poca... El mejor medio que hallé fue probar la mano para salir de miseria, dejando mi madre y tierra». O. c., pág. 254a.

«Si la hereje necesidad no me sacara de allí a coces y rempujones, fuera imposible hacerlo de mi voluntad en toda mi vida». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 437a y b. El pícaro es un fácil instrumento en manos de la oscilante y cruel, «hereje», necesidad.

«Pues, como sucediese al revés de sus deseos, mostrándose a todos la fortuna contraria...» Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 275b.

«... y pesábame mucho que no me pesase —la bolsa del dinero—». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 565a. Esta es, pues, la norma de conducta y estimativa del pícaro, por el interés todos los trabajos, a él se subordina todo, no hay paz sin pan.

«... lo gracioso de don Pablos, príncipe de la vida buscona!» *La Vida del Buscón*, pág. 1082a. Aquí en esta «vida buscona» late un senequismo como veremos, o algo que se le parece mucho, aunque el «modillo» sea distinto.

Estoicismo humanizado en Séneca, y ya ramplón en la Picaresca, que sigue a Séneca en el sentimiento del gozo y del dolor, y le abandona en esa gran determinante de su quehacer que es la consideración de la virtud, o sólo lo sigue ocasionalmente, a la hora de la adversidad, a la hora del dolor, que provocan el arrepentimiento, escarmiento diríamos con más propiedad. Pero «no es menos verdad que la creencia secular de ser senequistas y la voluntad de querer serlo ha producido un sentimiento incorporado a la conciencia que ciertos españoles tienen de la realidad de su pueblo». Américo Castro, O. c., pág. 252.

No deja de ser significativo lo que el librero editor del *Buscón*, Roberto Dupont, dice en la dedicatoria que del libro hace a D. Fray Juan Agustín Funes: «... porque tal vez suele divertirse más el cuerdo con los descuidos maliciosos de Marcial que con las sentencias de Séneca, le pongo en sus manos para que se recree con sus agudezas». *La Vida del Buscón*, pág. 1082a. Con lo cual abre una diferencia entre Séneca y el mundo de la Picaresca. Que haya más senequismo en Marcial de lo que se imagina, eso es otro problema, o la otra cara del mismo, el posible españolismo de ambos.

«Fuéme forzoso buscar un árbol donde arrimarme que me hiciese sombra con la comida». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 372a. Lo que

le interesa al pícaro es nutrirse, y de una manera honorable y cómoda, no digna ni trabajosa.

«Quiero decir hice bien mal de no considerar mi mal bien». O. c. página 371a. El mal, pues, que preocupa a nuestro pícaro, es el físico, el del hambre concretamente, y a su repulsión ordena un revoltijo de habilidades, y hasta de virtudes. Interfiere continuamente lo puramente físico —subsistencia—y lo moral —conciencia—. Pero a él lo que le importa principalmente no es el problema de una existencia más o menos digna (Séneca, Existencialismo), sino el de la subsistencia, tener con qué ir tirando (que en esto no es ambicioso). De ahí que la riqueza en sí no le ilusione ni otras tantas cosas.

«Extendíme como ruin, pues fui ingrato a las mercedes y beneficios de Dios, que por las manos de aquel santo varón de mi amo me hacía». O. c., pág. 370b. Como de costumbre, le entra el juicio después de sentir el aguijón del hambre. Para él, el bien que lamenta no es tanto la virtud, cuanto el bienestar material perdido, que virtuoso, hubiese retenido.

«¡Cuánto sentí entonces mis locuras! ¡Cuánto reñí a mí mismo!...» O. c., pág. 332b. Comparada esta moralidad con la senequista, la del pícaro es ventrina. Sólo roído por el hambre, se acuerda de hacer y pensar rectamente. Es la moral del vientre. No tiene otro origen. Es primaria, elemental. De puro instinto de conservación, con muy poca intelectualidad. Para llenar el estómago, todos los caminos son lícitos y halagüeños, y el mayor pecado, el que más se llora y recuerda, es el quedarse sin blanca, caer en el implacable corrosivo del estómago, el hambre, que normalmente el pícaro confunde con la conciencia.

«Los empleos hanse de hacer conforme a las ganancias». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 461b.

«Ninguno piense mascar a dos carrillos, que no hay dignidad sin pensión en esta vida. Cada cual tiene sus dos hileras de dientes y muelas; todos quieren comer; en todo hay pechos y derechos y corren intereses». O. c., pág. 456b.

He ahí la norma de vida del pícaro: el interés del estómago, que no conoce límites. Satisfecha esta necesidad, el pícaro es bueno, honrado. De acuerdo con el clásico principio del *primum uiuere*, no andaba desencaminado el pícaro, si no hubiere, mal que le pese, otros medios de henchir los vacíos de su cuero.

«... bailar tengo al son que todos, dure lo que dure, como cuchara de pan». O. c., pág. 452. Conformismo fáctico, ajeno a toda moral.

«Halléme muy pobre, y como la necesidad obliga muchas veces, como dicen, a lo que el hombre no piensa...» O. c., pág. 453a y b.

«Ved lo que hace la falta del dinero, que aborrecéis en un punto las

cosas que más amáis, cuando no tenéis con qué valeros a vos ni a ellas». O. c., pág. 440a.

«Amigo: no hay cosa más desdichada que la necesidad; por ella han degenerado muchos hombres de quien son y dado en bajezas». Castillo Solórzano, *Aventuras del Bachiller Trapaza*, pág. 1465b.

«Mas la pobreza y necesidad, y más en el tiempo que ahora corre, ¿a quién no es enfadosa? ¿Quién le muestra buena cara? Solos los santos». Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera, *El Donado Hablador Alonso*, página 1237a.

«... y el cordobés Séneca: Priusquam facias consulto, ubi consulueris mature factu opus est». O. c., pág. 1291b.

«Pues ya no tiene remedio, ya está hecho, ya me cansé...; si yo me lo quise yo me lo sufriré...» O. c., pág. 1292a.

«Y todos los duelos con pan son llevaderos». O. c., pág. 1239a.

«Viéndome, pues, con la suficiencia a mi parecer bastante, salí una noche de la casa de mi cura, *solo y sin blanca*, fiado a la caridad de Castilla la Vieja». O. c., pág. 1191b.

«... que siempre en esto fui discípulo de San Francisco, aunque contra mi voluntad». O. c., pág. 1216a.

«... porque aunque yo estaba hecho a padecer, con todo eso a cualquier piquete de campana se me ponían delante montones de dificultades con una infernal melancolía». O. c., pág. 1243.

Este pícaro que se lanza y soporta las dificultades en modo alguno queda ajeno al doloroso contacto de su agujón. En lo cual no se aparta del sabio de nuestro Séneca: «Nam et non sentire mala non est hominis et non ferre non est uiri». Séneca, Ad. Pol., XVII, 2, de la Collection «Budé», y que recuerda el famoso principio de Terencio «Homo sum, humani nihil a me alienum puto».

Terreno abonado para el desprendimiento de Séneca es su propia riqueza. Y la razón de ser del egoísmo del pícaro es su penuria a muerte.

«¡Oh necesidad! ¡Cuánto acobardas los ánimos, cómo desmayas los cuerpos! Y aunque es verdad que sutilizas el ingenio, destruyes las potencias, menguando los sentidos de manera que vienen a perderse con la paciencia». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 340a y b.

«Dos maneras hay de necesidad: una desvergonzada que se convida... Es fiera, fea, fantástica, furiosa, fastidiosa, floja, fácil, flaca, falsa, que solo le falta ser Francisca. Por maravilla da fruto que infamia no sea». O. c., pág. 340b. Nada de elogios de la pobreza, como podemos ver. Claro que hay que tener en cuenta de qué lado del centaurismo se encuentran estas reflexiones, o reacciones, mejor dicho.

«Dos maneras hay de necesidad: una desvergonzada que se convida...

La otra, que convidamos, es muy señora, liberal, rica, franca, poderosa, afable, generosa, conversable, graciosa y agradable. Déjanos la casa llena, hácenos la costa, es firme defensa, torre inexpugnable, riqueza verdadera, bien sin mal, descanso perpetuo, casa de Dios y camino del cielo. Es necesidad que se necesita y no necesitada, levanta los ánimos, da fuerza en los cuerpos, esclarece las famas, alegra los corazones, engrandece los hechos inmortalizando los hombres». O. c., pág. 340b. Aquí se nos presenta, pues, el otro lado del centauro. Realmente, el senequismo, al ser más combate que paciencia, está del lado de esta concepción de la pobreza y necesidad, esa que levanta el timbre de gloria de la autonomía del hombre. Pero aun ésta es muy distinta en Séneca y en la Picaresca, que una cosa es concebirla y otra vivirla. La concepción anterior dista mucho de ambos. Séneca no la considera grandemente, y el pícaro la abomina.

El sentido de echazón existencial, tan senequista, es constante en toda la obra de Alemán: «Vime desbaratado, sin saber del puerto, la edad poca, la experiencia menos, debiendo ser lo más». O. c., pág. 296a.

«No dejaba de darme pena tanto cuidado y andar holgazán». O. c. página 300a. Aparece el «cuidado» que produce «pena» y no «angustia vital» como modernamente... Es el constante *velis nolis* que vertebrata toda la picaresca, que más que de conformismo ontológico o filosófico sometimiento al destino, nos habla de conformismo fáctico y circunstancial, un acomodo a la circunstancia, que no es Séneca ni Kierkegaard, sino Picaresca. Y llegamos en este punto de acercamiento y separación senequista, al enfrentamiento de tres actitudes ante la vida, ante la circunstancia fluctuante. Séneca confía en la bondad del yo íntimo del hombre y se salva de la tambaleante circunstancia sin entrar en combate directo con ella, despreciándola sencillamente como buena o como mala, ya que tales categorías no le competen. Pero esta desatención a la circunstancia que es activa en Séneca, se hace soportable, más pasiva, en el pícaro, aunque quizá en el mismo Séneca se da ya un acercamiento relativo a la circunstancia, muy distante del frío despego estoico. El pícaro va saliendo de su yo íntimo para acercarse a la circunstancia, que desde luego queda valorada en él hedónicamente. Se pega a la tierra y de ella capta lo placentero y lo adverso, hasta el punto de convertir su vida en un devaneo circunstancial y búsqueda constante de la circunstancia favorable. Este afán no es ni serio ni absolutamente constante, no por razón íntima del pícaro, sino por causa de la naturaleza cambiante de la circunstancia de la que el pícaro es víctima, pese a los paliativos que él opone a los ojos de los demás e incluso de sí mismo, mostrándose invicto con una ramplona filosofía que se acerca a Séneca en la estimati-

va de la circunstancia. Y esta línea ascendente nos aboca al Existencialismo moderno que valora la circunstancia y su cuidado al máximo.

«Viéndome tan despedazado, aunque procuré acreditar me con palabras y buscar a quien servir, ninguno se aseguraba de mis obras ni quería meterme dentro de su casa en su servicio... Creyeron ser algún pícaro ladroncillo que los había de robar y acogerme». O. c., pág. 299b.

«Viéndome perdido, comencé a tratar el oficio de la florida picardía». O. c., pág. 299b.

Lo que quiere decir que el pícaro sufre la circunstancia adversa, y pretende resolverla con honradez —«... y buscar a quien servir»—, y sólo al serle imposible la primera solución, adopta «el oficio de la florida picardía».

«La vergüenza que tuve de volverme perdíla por los caminos: que como vine a pie y pesaba tanto, no pude traerla o quizá me la llevaron en la capilla con la capa». O. c., pág. 299b. Esta multiplicidad de soluciones tan senequista y a la vez tan barroca —baciuelmo— se encuentra muy a menudo en la Picaresca aun con los propósitos más dispares, de manera que resulta difícil hacerse una idea exacta en cuestiones tan fundamentales como la razón de ser del devaneo picaresco. En este momento, por ejemplo, por una parte se inculpa a la vergüenza misma como norma de un código inservible —«... y pesaba tanto...» También se alude a la propia circunstancia aceptada por él —«... que como vine a pie...» Y, por otra parte, se da una tercera opinión en la que se inculpa a la sociedad ambiente a la que responsabiliza de su improcedente trasiego vital —«... o quizá me la llevaron en la capilla con la capa».

«Y así debió de ser, pues desde entonces tuve unos bostezos y calostros que pronosticaron mi enfermedad». O. c., pág. 299b. Con lo que el pícaro se considera un enfermo, que como tal, nunca tiene la culpa realmente, máxime reconociéndose de esta forma y no en situación apetecible. El pícaro se encuentra víctima de la propia circunstancia que llega a enfermarlo de picardía. Hace aquí una reflexión moral con la que desprecia una norma, «vergüenza», de la que cada día es más víctima, y la desprecia justamente para poder vivir, «que nunca pudieron ser amigos el hambre y la vergüenza». O. c., pág. 299b.

«... con deseo de esta gloriosa libertad... Mas después que me fui saboreando con el almíbar picaresco... y viendo a otros menores que yo hacer con caudal poco mucha hacienda y comer sin pedir ni esperar de mano ajena, que es pan de dolor, pan de sangre, aunque te lo dé tu padre ; con deseo de esta gloriosa libertad y no me castigasen como a otros por vagabundo, acomodéme a llevar los cargos que podían sufrir mis hombros». O. c., pág. 300a. Por lo visto, el único cargo que sufrían

los hombros de Guzmán, era el de alargar el brazo y libremente adueñarse de lo ajeno. Parte de esta altanería, no innata en el pícaro sino aceptada por contraste ante el desprecio ajeno, como ocurre en todo el devaneo picaresco, que es un solucionar por su cuenta y a la tremenda —y quizá del modo más cómodo— el problema del amo y criado, eco de aquel ya eterno español del «Dios, qué buen vasallo si oviese buen señor», allí para ensalzar una gran valía, y aquí para excusar una falta, pero en una dimensión más horizontal, de constitución social más básica y general, y solucionado con nuevo sesgo, el jocosos, y en provecho no del propio rey sino en perjuicio del señor y al servicio de sí mismo, liberándose de la esclavitud no con caballerosidad e hidalguía, sino con trampas y todo género de picardía.

VI

MORALISMO Y HUMORISMO ¿PESIMISMO, OPTIMISMO?

El senequismo literario tiene mucho que ver con el senequismo en filosofía. Las tendencias como las ideas en un tratado filosófico se encuentran adherentes a la coordinación o verdad del sistema, mientras que en una obra literaria pierden independencia como verdades de pensamiento propiamente tales y se hacen vida y alma de elementos de ficción de un cuerpo de belleza. Todo esto es importante a la hora de analizar una obra bajo ese especial punto de vista, máxime cuando no es un elemento en sí artístico o literario como pueda serlo la metáfora o cualquier otro recurso literario. Se trata de detectar la fisonomía de una obra artística, de un ser de ficción bello, tanto por lo que en sí, en sus distintos episodios, manifiesta, como por la meta a que trasciende por sí mismo y en todo cuanto interviene.

Tratamos de descubrir una silueta, una figura humana, llegando a considerar la razón y por qué de situaciones ridículas, bajas incluso, para de todo este caos y devaneo existencial sacar el cuadro que se dibuja en lontananza desde esta perspectiva de la peculiar existencia de nuestro pícaro. Intentamos analizar si se trata de un espejismo, de un efecto óptico, o si realmente hay sol y arena, y míticamente, literariamente, también agua, mucha agua de risa y de contraste, para saciar la apetencia de una configuración humana ideal.

La sonrisa como todo gesto humano es susceptible de matices muy personales capaces de definir a un individuo. En esta manifestación de nuestro psiquismo al exterior, hay muchos grados que revelan posicio-

nes diferentes ante la vida. Desde la simple risa intrascendente, puramente espontánea, hasta la mueca más cínica, pasando por la sonrisa reflexiva e irónica de individuos normales, o la ya burlona de seres desafiados en un imaginario nivel de superioridad.

La sonrisa senequista parece ser una sonrisa reflexiva e irónica, desde un nivel normal (pienso en la «Diui Claudii Apocolocytosis» y en las diatribas a los estoicos), sin llegar a la burlona, desafiada e hipersuficiente que a lo sumo habrá que rastrearla únicamente en El Buscón. La sonrisa, por ejemplo, que despierta el Lazarillo al que hermetice su atención en los capítulos de nuestro escudero pobre de Toledo, es una sonrisa crítica pero benévola, sin colocarse por encima del hombre ni despreciarlo. Ataca el vicio, el defecto, de ese tonto ideal de «nobleza», pero parece dejar ver la grandeza y nobleza real de ese escudero, pese a lastimar su vida al servicio de una nonada. Si la mirada senequista de la vida se hace siempre con cristales ahumados no menos ocurre con la mirada picaresca de la vida doblemente falsa, por vida y por falsa, como la del código social del noble escudero pobre de Toledo.

La chanza, la risa, la broma, el pasaje tiene siempre su razón de ser en literatura, en la verdaderamente tal, «la que posee el acento cálido de lo dicho con valor y sinceramente», como dice don Mariano Baquero, *Perspectivismo y contraste*, pág. 26.

Plásticamente podríamos acercarnos a las distintas posibilidades de humorismo. El Patizambo, por ejemplo, de José de Ribera, del Museo del Louvre, sería un ejemplo del humorismo estoico. Vive de los demás, los aprecia y acude a ellos. El niño mendigo de Murillo, del Museo del Louvre, también representa esta profunda soledad del niño, sin más compañía que unos mendrugos y desperdicios y un espléndido sol. Vive de los demás y no los desprecia. Ausente de todos incluso de su pensamiento. Estos simpáticos entes desheredados de la fortuna son frecuentes en nuestra Picaresca, incluso configurando muchos de los elementos de nuestro pícaro. El Demócrito de Velázquez, del Museo de Bellas Artes de Rouen, encarnaría ese humor «apicarado» y descreído, que vive de los demás y los desprecia.

El picaresmo, entre el humorismo y el senequismo, no puede ser verdadero humorismo ni auténtico senequismo. Es un humorismo negro, reflexivo, que hace reír momentáneamente, dejando un dolor profundo. El humorismo juega con el brillo de la manzana, agrada, hace reír, mientras que el senequismo descubre que interiormente es amarga, pese a sus agradables apariencias. En cambio, parece como si el picaresmo valorizara únicamente el brillo externo, al que pretende llegar como algo

absoluto, partiendo de una interna amargura igualmente absoluta, pese a los paliativos exteriores.

En la página 13 de su Introducción al Guzmán de Alfarache, Gili Gaya nos dice: «La interpretación picaresca de la vida ha desarrollado en manos de Alemán sus máximas posibilidades; pero descubre al mismo tiempo sus limitaciones. Y así cuando sus imitadores despojen al elemento moralizador de su severa armazón estoica, las moralidades se convertirán en ramplonas digresiones sin elevación ni estilo, y la novela picaresca habrá iniciado su decadencia. En esta pendiente se halla ya Justina y Marcos de Obregón... El espíritu de Alemán está ya muy lejos de la vibrante alegría renacentista. Su dogmatismo sentencioso y aun su pesadez moralizadora; la ausencia total de temas sentimentales y su seca insensibilidad ante la naturaleza, entonan perfectamente con el sentido de la Contrarreforma. El humanismo se convierte en sus manos en simple erudición clásica. Y no es que la Contrarreforma sea para él un obstáculo que luche por detener el brotar espontáneo del pensamiento... su espíritu, mucho menos complejo que el de Cervantes, va derechamente lanzado en un solo sentido; su ideario, lejos de extenderse, tiende a concentrarse en sí mismo. Y este es el secreto de la *fuerte coherencia de pensamiento y de la inconfundible personalidad de estilo que...*»

En la «Introducción a la literatura española del s. de Oro», de Karl Vossler, págs. 130-136, leemos: «Un auténtico moralista fue el P. Mariana, que renunció, por ello, como corresponde a un verdadero escritor ascético, a los alicientes del chiste y de la ironía. Como consecuencia de ello le ocurrió a veces, que, a fuerza de hosquedad y adustez, no acertaba a percibir exactamente el hecho sobre el que su crítica se volcaba, de suerte que ésta erraba el blanco.

«¿Cómo podría ser saludable la sátira que proviene de corazones adustos y enemigos de toda belleza? Los penitentes rígidos, los críticos rezongones y los jueces de costumbre no lograron, por eso, gran cosa con sus escritos en el siglo de Oro».

«Ya es tiempo, por eso, de que dirijamos nuestra atención a otra especie de sátira menos desconsoladora que ésta. Entre todos los pueblos románicos es, sin duda, el español el más ricamente dotado con lo que hoy llamamos humor y humorismo, y su siglo de Oro constituye, a la vez, el momento áureo de su jocosidad, el punto culminante de su «donaire», palabra intraducible y enigmática en lo que se dan la mano la gloria y la alegría desmesurada.

«Uno de los rasgos esenciales de la actitud fundamentalmente heroica de esta época es que el hombre sabe reír incluso en la desesperación, y con la muerte en el alma todavía se burla y bromea:

«Puesto el pie en el estribo, / con las ansias de la muerte, / señora, aquesta te escribo...» Actitudes idénticas encontramos en la Picaresca, pilluelos risueños, dignos y encumbrados en lo alto de la horca.

«Todo lo sufría, hasta que...» *La Vida del Buscón*, pág. 1084b.

«... de muy buena cepa, y según él bebía...» O. c., pág. 1082b.

«... salió de la cárcel con tanta honra, que le acompañaron doscientos cardenales, sino que a ninguno llamaba eminencia». O. c., pág. 1083a.

«¡Mi madre, pues, no tuvo calamidades!» O. c., pág. 1083a.

Este encaramiento irónico de las mayores desdichas es de filiación senequista. No se trata de una simple resignación, sino de un dominio sobre todas ellas, menospreciándolas y teniéndolas en nada desde la perspectiva de su inexpugnable personalidad, instalado en la «atalaya» de su prepotente sonrisa burlona e irónica. Es una actitud conectable con la que encontramos en ciertas producciones de la poesía árabe. De la colección «La poesía árabe» recogemos la traducción francesa de una de Al-Mutanabb (303/915-305/965):

«Stoïque

Le siècle m'a lancé les flèches du malheur,

A tel point que les dards ont revêtu mon coeur.

Et maintenant, lorsque les javelots m'atteignent,

Leurs fers vont se briser contre les autres fers».

«Vuestro padre murió, ocho días ha, con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo». *La Vida del Buscón*, pág. 1100b. Estos son rasgos de un senequismo burlesco y suficiente. A nuestro pícaro cabría aplicar aquellos versos famosos de Goethe: «Glücklich, daß das Schicksal, das uns quälet, Uns doch nicht verändern mag!», que podríamos traducir: «¡Dichosos, pues que el Destino nos atormenta, pero no nos puede alienar!»

«Al fin, él era un archipobre y protomiseria... Comieron una comida eterna, sin principio ni fin». *La Vida del Buscón*, pág. 1087a y b. Este sería un personaje senequista en cuanto a su actitud estoica, si el «modillo» no lo transfigurara. Este licenciado Cabra que nunca cambia de actitud, que aunque burlado —por la fortuna y pupilos—, no se burla; acosado de la necesidad, hace alarde de abundancia; y atento a la virtud aun en lo ínfimo, «Enojóse mucho y díjome que aprendiese modestia». O. c., pág. 1088a, es un tipo estoico, podríamos decir.

«—Coman como hermanos, pues Dios les da con qué; no riñan, que para todos hay.

«Volvióse a gozar del sol, y dejónos solos». O. c., pág. 1088a. No se

puede decir que haya una filosofía aquí marcada, y si la hay, está ridiculizada hasta el infinito.

Como un nimbo la vida del pícaro se encuentra perfumada por esta concepción que leemos en «La Pícaro Justina»: «La tierra, cuando se desmorona, retoza de holgada, el agua se ríe, los peces saltan, las sirenas cantan, los perros y leones crecen retozando, y la mona, que es más parecida al hombre, los primeros días de luna retozan con las flores, y dice requiebros a la luna». Pág. 823b. Y también, pág. 823b: «En su manera, todas cuantas cosas existen en el mundo son retozonas y tienen sus ratos de entretenimiento».

«... y porque también es bien aflojar a el arco la cuerda contando algo que sea de entretenimiento». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 557a. Esta nota humorística acompaña a toda la obra y al mismo pícaro.

«Estaba yo descuidado, había recibido buenas obras, oído buenas palabras, vía en buen hábito a un hombre que trataba de aconsejarme y favorecerme... ¡Quién sospechara de tales prendas, tales embelecós!» O. c., pág. 424a.

«Vuelvo, pues, y digo que *todo yo era mentira, como siempre*». O. c., pág. 421a. Pesimismo, pues, absoluto: «todo yo», «siempre» «mentira». ¿Hasta qué punto es profunda y persistente esta actitud de nuestro pícaro?

«Mas, como *el fin que llevo es fabricar un hombre perfecto, siempre que hallo piedras para el edificio*, las voy amontonando». O. c., pág. 420b.

No obstante, este «hombre perfecto» de que habla, es por escarmiento, por puro servilismo, más que por aprecio a la virtud, al frío enfrentamiento del hombre con su circunstancia, atento sólo a mantenerse libre y digno de su nombre. No podemos exagerar tampoco en las diatribas a la Picaresca, por muy justificadas que parezcan. Ya sabemos que Séneca empezó el «camino recto», «*Rectum iter, quod sero cognoui* et lassus errando, aliis monstro» y «*salutares admonitiones, uelut medicamentorum utilium compositiones, litteris mando, esse illas efficaces in meis ulceribus expertus*», tardíamente, después de haber experimentado en sus propias úlceras la eficacia de sus saludables admoniciones. Lo que ocurre es que Séneca con la serena perspectiva que le ha dado la experiencia, reflexiona plácidamente, mientras que el pícaro ensaya una reflexión más difícil, sólo posible literariamente, y muy compleja para comprender en su auténtico mensaje. El pícaro quiere dar, y la da, esa lección sobre el «camino recto», pero al filo de su vida, y de cada instante de la misma, en un minucioso paso a paso, trascendiéndolos a todos.

«Así los prados, que mirados de lejos es apacible su frescura, y si

llegáis a ellos no hay palmo de suelo acomodado para sentaros. Todo son hoyos, piedras y basura. Lo uno vemos, lo otro se nos olvida». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 338a. Pesimismo y crítica de todo, incluso de lo más natural, de lo pastoril, crítica que ya se encuentra en Cervantes, *Coloquio de los perros*, pág. 207a.

Pero no es una crítica valerosa y fría. En virtud de su escala valorante, siente y lamenta la situación que critica. Séneca presenta una escala de valores de signo contrario al pícaro. Para nuestro filósofo los bienes placenteros son signo de pobreza de ánimo, despreciable, mientras que los males indican el valor que poseemos. Cf. De Prouidentia, IV, 1: «Prosperae res et in plebem ac uilia ingenia deueniunt; at calamitates terroresques mortalium sub iugum mittere proprium magni uiri est»: Séneca busca la lucha, y si no, la muerte. «Si pugnare non uultis, licet fugere». De Prouidentia, VI, 7. El pícaro superestima la vida y detesta el mundo adverso, que si él fuera Dios, haría benigno. En el fondo hay todo eso. Lo cual constituye esa belleza del choque de ideas, de la paradoja, de la contradicción incluso que alienta toda la producción picaresca. Rasgo este, por cierto, de íntima filiación senequista.

El nivel de la escala valorativa de la Picaresca es más superficial que el de las prédicas senequistas. Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 337a y b: «¡Cuán al revés corre un rico! ¡Qué viento en popa!... Este camino corre el mundo. No camina de nuevo... No tiene medio ni remedio... Todo ha sido, es y será una misma cosa. Y no es que parecidas reflexiones no se encuentren en Séneca, «Denique eo mores redacti sunt, ut paupertas maledicto probroque sit, contempta diuitibus, inuisa pauperibus», Ep. ad Lucilium, CXV, 11, sólo que una vez más el «modillo» no es el mismo. Séneca observa lo mismo, pero fríamente, detestándolo en el fondo, y proponiendo una actitud distinta. El pícaro precisamente por ese centaurismo suyo, por estar viviendo la tragedia de su torcido quehacer al tiempo que trata de enderezarlo, no nos da esa fría consideración —que entonces no sería senequista, cf. Ep. ad Lucilium, IX—, ya que no pone de por medio esa lontananza o fría perspectiva de los años, tratando de reproducir escenas que vive y critica al mismo tiempo. El picarismo, según esto, vendría a ser la prueba de la imposibilidad de un senequismo puramente estoicista.

«Quomodo fabula, sic uita non quam diu, sed quam bene acta sit, refert», Ep. ad Lucilium, LXXVII, 20. Habría que precisar lo que Séneca quiere decir con su «bene agere», que no es sino «bene eligere». El mérito del hombre está, para Séneca, en la elección. El del artista en la interpretación. Este «agere» tiene el valor de «conducir», de llevar adelante. Hay que elegir un sentimiento, hay que emprender una marcha, y dejar

los infinitos y distintos caminos que se ofrecen. El mérito está en elegir el mejor. Todos los autores interpretan más o menos «la vida» creyendo seguir a Séneca, y lo que hacen es relativizarla, quitarle el profundo valor que él le concede. Con Séneca no se trata de apreciar artistas, tarea imposible entre magníficos intérpretes sin diferencia valorativa, sino de estimar personajes con sus cualidades y defectos intrínsecos. La Picaresca sigue este malentendido senequista, cuando lo importante para nuestro filósofo está en la elección del camino, patente ya en Jorge Manrique: «Este mundo es el camino / Para el otro que es morada / Sin pesar; / Mas cumple tener buen tino / Para andar esta jornada / Sin error». Todos andan caminos, pero unos yerran el camino y otros aciertan con el verdadero.

«... a peligro de dar en la secta de la melancólica, que es la herejía de la picaresca, determiné de irme al baile». *La Pícaro Justina*, pág. 757a.

«No hay mal que no venga por bien». Mateo Luján, Guzmán de Alfarache, pág. 449a.

«Yo, pareciéndome ser aquella una vida descansada, y que a costa ajena podía...» Estebanillo González, pág. 1747b. «Y, sin embargo, como dice don Angel Valbuena en su Introducción a la colección de la editorial Aguilar, para evitar el trabajo pasan las mayores penalidades y miserias», página 15.

Marañón en su Prólogo al Lazarillo de Tormes de la colección Austral considera que la picardía en Cervantes es presentada de una forma justa y favorable, puesto que se presenta como un «código execrable», más lejos del senequismo y con un final desdichado, normal castigo a tan desarreglada vida. Mientras que en las restantes producciones picarescas, entiende que la Picaresca se presenta de una forma injusta y perjudicial, puesto que se propone como un «código a seguir», incluso con un feliz final y en una moralidad más cerca del senequismo.

El pícaro no se deja llevar por las circunstancias. No obstante, es impotente ante ellas. Es un refrendo negativo del senequismo. El código senequista es inhibente. El código picaral tiende a la despreocupación de una laboriosa actividad y se afana por una sosegada y medrosa situación. El pícaro no cree en el fatum, aunque se cumpla en él.

El senequismo gusta del deleite y sosiego en virtud de una razonada inapetencia ad unum en aras del fatum, fuerza fluctuante que tan pronto nos azota contra los riscos y peñascos, que nos aboca a las deleitosas arenas de las mejores playas. El senequismo busca una indiferencia ante los contratiempos del fatum, para conseguir la imperturbabilidad del ánimo. El picarismo, siempre también con un aire de independencia senequista, busca el deleite luchando contra cualquier mal que se le inter-

ponga, trabajo o fatiga. Busca ante todo el deleite del descanso y de la vida sosegada.

De la Introducción de don Angel Valbuena a su colección de la editorial Aguilar, anotamos: «No es extraño que en Schopenhauer encontremos elogios del libro de Alemán.

El «vanidad de vanidades» de nuestro escritor picaresco nada tiene que envidiar al de los más profundos adalidades de un humanísimo pesimismo. «Así que deste modo van las cosas. Pues ni quiero mandos ni dignidades. No quiero tener honra ni verla. Estáte como estás, Guzmán amigo... «¿Quién te mete en ruidos por lo que mañana no ha de ser ni puede durar?»

«Una de las dos evasiones: la religiosa, la místico-ascética...» La otra era la que le quedaba, la «florida libertad» del pícaro, la indiferencia ante todo para medrar en provecho propio, en egoísmo reconcentrado, «sin ser notado de alguno».

«La maravilla de naturalidad del Lazarillo partía de un sentido totalmente diverso. El ciego, el clérigo y el escudero pobre vienen a ser un motivo de sátira sencillamente por la implacable objetividad, no exenta de la simpatía o antipatía del autor...

«En la novela picaresca entra, en gran parte, el elemento satírico. Los diversos oficios o estados sociales son el blanco de las graciosas burlas o las aceradas censuras del personaje que traza, a capricho del autor, su pretendida biografía. Desde el Guzmán en adelante, el mismo sentido caricatural que hace oblongas las figuras y el fondo, y deforma, por tanto, lo que podía ser realismo, tiende a presentar...

«Todos estos autores —salvo en el plano y actitud desorbitada del Buscón— parten de una realidad que tienen ante los ojos.

«Sinceridad desenfadada y graciosa, que arranca de un fondo de escepticismo, originado en la importancia del moralista que, incapaz para corregir por las trabas que reconoce en los vicios de constitución de la sociedad que vive, toma a risa lo que le produce dolor, y convierte en agrisulce lo que amarga». Págs. 19-25.

Marañón considera a la Picaresca «como enfermedad, o si se quiere como pasión del espíritu ascético», Prólogo al Lazarillo de Tormes de la colección Austral, pág. 26.

El pícaro es una pantalla, una máscara para la crítica. Es un ser proscrito de la sociedad del XVI y XVII, pese a ser un engendro, y él en contrapartida la ataca mordazmente.

Cabría recordar, a este propósito, la doctrina de Freud y su escuela respecto del «chiste».

El chiste, según Freud, es una forma de expresión extraordinariamen-

te comprimida de cosas que se sienten como una molestia insoportable, externa e interna, y contra la que no podemos luchar ni defendernos. Viene a sustituir una acción directa y liberadora y una acusación franca. Es la última arma de los indefensos.

El *chiste tendencioso*, hostil —destinado a la agresión, la sátira o la defensa— logra que no haya más remedio que tragar en el silencio la ofensa o defensa.

Casi nunca logra el *chiste inocente* o abstracto aquella explosión de risa que hace tan irresistible al tendencioso, *al que no tiene el fin en sí mismo*.

Lo breve, lo lacónico no es aún chistoso. La brevedad del chiste es una brevedad especial, esto es, brevedad «chistosa». Sigmud Freud, «El chiste y su relación con lo inconsciente», 1905, Rev. Humboldt, 1961, n.º 7.

Don Mariano Baquero en su estudio «El entremés y la Novela picaresca», en «Estudios Dedicados a M. Pidal», tomo VI, CSIC, Madrid, 1956, nos pone ante el problema de los límites del personaje picaresco a que ya aludía Pfandl: «Aunque en opinión de Pfandl no cabe confundir al pícaro genuino con el hampón, el jaque o el rufián, lo cierto es que estos tipos suelen aparecer en casi todas las novelas picarescas». Pág. 227. Desde una perspectiva centáurica no cabría suscribir el juicio discriminativo de Pfandl, pues el pícaro aparece enfrentado incluso a sí mismo, como hemos visto en las págs. 66 y 67.

Para considerar moralmente la Picaresca habría que tener en cuenta tres grandes puntos de vista, la pura filosofía, la época y la religión. Desde este último aspecto de una moral eterna enraizada en la religión, cambian las cosas. De forma que o no se da tal moral o a lo más que se llega es al talionismo, conformismo estoico o regocijo epicúreo según los casos; si bien la mueca estoica invade todo el trasiego vital del pícaro. Y no es sorprendente esta conclusión, si tenemos en cuenta, con la Escuela de Sto. Tomás, que sólo el «hombre» es capaz de moral, y no el «infrahombre», que viene a ser el hombre en miseria, el «protomisericia» de los personajes que corean a nuestro pícaro y él mismo.

Don Manuel Muñoz Cortés, en su fino trabajo estilístico sobre la picaresca de Luis Vélez de Guevara, refiriéndose a Góngora, Quevedo y Vélez, nos habla de «Caminos distintos para una misma huida. Huida de hombres con el alma helada por el desengaño, sin una tarea incitante en que quemar sus vidas», RFH, XXVII, 1943. Esta angustia por alejarse de la realidad de que nos habla don Manuel, yo la entendería en la Picaresca como un afán de cambiar de ella, de la realidad concreta, buscando otras concreciones de la misma por una especie de espíritu de cambio, como hemos visto anteriormente, págs. 70 y 71.

Marañón nos habla del final con frecuencia de gran personaje de los pícaros, por lo que «la moraleja de estas obras es peor que su misma vida aventurera y licenciosa». Cabría observar al lado de esto, si no en oposición, que difícilmente en la galería de pícaros nos queda esa impresión, y a nadie escapa lo agusanado y hediondo de esa dorada fruta de la «prosperidad» y «cumbre de toda buena fortuna», en que Lázaro pretende convencerse de estar, haciendo el esfuerzo sobrehumano de «mirar» sólo a lo que le «toca», a su «provecho», sin hacer caso de «lo que puede decir», ya que su nivel de consideración es infrahumano, polarizado entre la vida y la muerte, y no entre la dignidad y el oprobio.

Lo que de Shakespeare dice Highet, «La tradición clásica», I, páginas 327-328, podríamos decirlo de los autores de Picaresca, de ascendencia judía los más representativos: «Las grandes tragedias de Shakespeare están dominadas por un desesperado fatalismo que es muchísimo más pesimista que las purificadoras agonías de la tragedia griega, y casi totalmente ateo... Indudablemente, gran parte de esta desesperada negrura viene del propio corazón de Shakespeare; pero la encontró expresada de manera decisiva y elocuente en el pesimismo estoico de Séneca».

En la citada «Introducción a la literatura española del siglo de Oro», págs. 138-143, leemos lo siguiente: «Nunca, empero, carcomió su crítica los fundamentos de la vida religioso-eclesiástica o ético-política, ni conmovió las ideas fundamentales acerca de la naturaleza y de la sociedad humanas.

«En los satíricos posteriores, hacia finales del siglo de Oro, surgen ya cada vez más frecuentemente las señales de una concepción vital sombría. Gracián y Quevedo, que siguen también las huellas de Luciano, han sido considerados como *predecesores del pesimismo radical y metafísico del romanticismo y posromanticismo e incluso del nihilismo moderno*. Así puede leerse, por ejemplo, en el inteligente manual de Manuel Montolíu, «Literatura castellana» (Barcelona, 1929)... «La vida, se había dicho antes, es un engaño. Pero Gracián va más allá y nos dice que la vida es un ser que engaña con intención... hace entrar a los hombres en ella sin conocimiento, y cuando conocen ya no pueden retroceder..., vense metidos en el lodo de que fueron formados», págs. 423 y ss.

«Esta concepción no se compagina, desde luego, sino muy difícilmente con la fe cristiana.

«Como Gracián, también Francisco de Quevedo es un espíritu enamorado con inteligencia artística del carácter absurdo y paradójico del mundo, un pesimista, al que produce un placer contemplativo y gozoso desilusionarnos, aleccionarnos y desengañarnos, con la única diferencia

de que a su temperamento le faltaba la tranquilidad soberana y a su estilo la brillante tersura propias de Gracián.

En medio de tanto trabajo pícaral, cuando menos, se pretende un efecto de «postre agridulce como granada», Estebanillo González, página 1837a.

«... mas que estaba consolada, que ya no le faltaban más de ocho años, y que *saldría de aquel trabajo en la flor de su edad, para poder proseguir con su industria*». O. c., pág. 1750a. En estas líneas se refleja un acendrado senequismo, resignación y afán de ir adelante.

«... de parte de Dios te pido,
amigo lector, que leas
hasta el fin aquestas burlas,
pues van mezcladas con veras,
pues en ellas hallarás
donaires, chistes, destrezas,
enredos, embustes, flores,
ardides y stratagemas,
quietudes, sosiegos, paces,
temores, recelos, guerras,
victorias, aplausos, triunfos,
pérdidas, desdichas, penas,
suertes, venturas, bonanzas,
combates, males, tormentas,
ingraticudes, mudanzas,
amor, lealtad y firmeza». O. c., pág. 1713a.

No fue el azar quien hizo que termine Estebanillo así su «otro prólogo en verso», rematando sus «suertes, venturas, bonanzas, combates, males, tormentas, ingraticudes, mudanzas, con *«amor, lealtad y firmeza»*. Fue ese estoicismo, que llega más a senequismo, españolismo, que embarga a este pícaro viviente y a esos tantos pícaros reales y fingidos, a que alude Vossler «Escritores y poetas de España», Col. Austral, pág. 14.

«Considérales con la intención que le escribí, que fue para advertir descuidos y escarmentar divertidos». Castillo Solórzano, *La Niña de los Embustes*, pág. 1331b.

«No hay placer que dure / Ni humana voluntad que no se mude». López de Ubeda, *La Pícaro Justina*, pág. 754a. Este joven paradójico que es el pícaro, mozo y viejo, nos da una contrastada lección de buen vivir con el ejemplo de su mala vida.

De don Angel Valbuena, *Historia de la Literatura Española*, tomo II,

págs. 56-57, interesa citar: «Aleman no era menos literario en la forma; podrían escogerse sin dificultad, entre su prosa, obras maestras de perfecta arquitectura. Pero en general atiende a la forma más tétrica, más dolorosa, más unilateralmente negativa de la vida humana. En el caso de Rinconete, Aleman hubiese querido ver sólo los jarros desbocados. Cervantes no oculta los cacharros deshechos y viejos, pero sabe a la vez darnos la sensación, muy andaluza y sevillana, del perfume de una maceta de flores en el patio atildado y fresco. De la misma manera que Velázquez en sus cuadros de asuntos más bajos y miserables alza una dignidad de estilo y de luz, Cervantes vierte también espiritualidad de expresión, de atmósfera viva sobre los tipos desgarrados y los rincones humildes. Las palabras, los detalles, hacen lo mismo que el aire, la luz, los contornos en el pintor. En cambio, el mundo oscuro de Aleman es hermano de los contrastes trágicos, de los betunes negros de los lienzos de Ribera».

«No quisiera pasar de allí *ni apartarme de sus lejos*, tanto por lo que alegraba la vista, como por no hacerle *ofensa de cerca*, si acaso, como *todas las más cosas*, desdijese algo de aquella tan *admirable perspectiva*. Mas, considerando ser aquella la *caja*, vine a inferir que sin duda sería de mayor admiración lo *contenido* en ella». Mateo Aleman, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 434a.

Hace alusión al engaño a los ojos —senequista en el más profundo convencimiento, y oportunista de todo lo útil y agradable. Diríamos que es un epicúreo, hedónico, que no es senequista, estoico, más que para lo que le molesta o desagrade con el fin de endulzar un tanto la píldora que él sabe en el fondo cuán sea amarga. En cambio, respecto a los bienes y glorias, aunque sepa de su inconstancia, los goza ávidamente, lejos de cualquier consideración abstencionista o liberadora del servilismo placentero.

«... andar de casa en casa como peón de ajedrez». La Pícara Justina, pág. 707b.

«Especial vicio es de gente perdida no llorar los graves desastres de su alma y lamentar ligeros daños del cuerpo». O. c., pág. 714b.

«Es también comparado el consejo que da un necio a la *flor* que nace de *abrojos*». O. c., pág. 725b. Contraste en la vida humana, y contraste en la naturaleza.

«... vean que sois pícara de ocho costados, y no como otros que son pícaros de quien teme enojo Isabel, que al menor repiquete de broma se meten a ganapanes. Una gente que en no hallando a quien servir, cátales pícaro, y puesto en el oficio, *vive forzado y anda triste contra toda orden de picardía*. Yo mostraré cómo soy pícara... de a macha martillo». O. c.,

pág. 727a y b. Este ser del «pícaro» distinto de otros «pícaros de quien teme enojo Isabel» y «ganapanes» nos pone ante el problema tratado ya en las págs. 102 y 103 y que justifica la opinión de Pfandl, si en realidad no se tratase de un centáurico personaje que propiamente escapa a toda real delimitación, siendo paradójicamente mucho menos y quizá más de lo que Pfandl indica. Pero en este momento conviene preguntarnos si «toda orden de picardía» exige «andar» alegre y no «forzado». ¿Este «vivir libre» y «andar alegre» es todo lo que el más auténtico optimismo podría pedir?

«He visto siempre, en todo lo que he peregrinado, que estos ricachos poderosos, muchos dellos son ballenas... Publican buenos deseos y ejercítanse en malas obras». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 257b.

«Líbrete Dios de delito contra las tres santas, Inquisición, Hermandad y Cruzada...» O. c., pág. 272a.

«Y no se sabe de alguno que con intención sin obra se haya salvado...» Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 438a.

«Que ni el azadón solo ni las manos faltas de instrumento podrán cavar la tierra». O. c., pág. 439a.

«Todo tiene su punto de acíbar». Castillo Solórzano, *La Niña de los Embustes*, pág. 1359b.

«Manzana fue nuestra general ruina y pero la perdición de cada particular... —y antes—. Mas en medio della, en lo mejor de todo, estaba sembrado y nacido un pero». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, págs. 359b. Relativismo, pues, de toda bondad particular.

«Así estaba sentado en la falda del vallado de unas viñas, considerando mis infortunios, harto arrepentido de mi mal considerada partida...» Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 258a.

«Hermano Sayavedra, lo pasado, pasado, que no hay hombre tan hombre que por aquí o por allí no tenga un resbaladero. Todos vivimos en carne y toda carne tiene flaqueza». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 451a.

El pícaro más que una norma de conducta, nos da una constatación de hechos. En suma, no es ni buena ni mala. Es simplemente narrativa. Trata de costumbres —y es una moral—, pero tiene poco de Deontología o compromiso moral auténtico, por lo que estaría más cerca del senesquismo. «Ya que no tengo de hacer villezta ni tener mal trato, a lo menos he de procurar *honradamente* mi sustento, como *lo debe hacer* cualquier *hombre de bien*...» O. c., pág. 451b.

«Ladrones hay dichosos, que mueren viejos; otros desdichados, que por el primer hurto los ahorcan». Guzmán de Alfarache, Parte I, página 315a. La dicha, la felicidad, es la pura cosicidad, no la virtud. Cf. este

gran baluarte de seguridad intelectual en medio del pensamiento moderno, «Humanismo y Sobrehumanismo», de don Antonio Ruiz de Elvira, Capítulo IV. Parece como si el picarismo no pretendiera más que un medro discreto y paradójicamente honrado, por lo menos muy distinto de los bellacos «que tienen lágrimas de cocodrilo», «alacranes que no muerden con la boca y hieren con la cola», o. c., pág. 315b.

VII

SISIFISMO O PURO ESPIRITU DE LUCHA

«Y ya en la cumbre de mis trabajos, cuando había de recibir el premio descansando dellos, volví de nuevo como Sísifo a subir la piedra». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 535b.

No en vano el autor de «Le Mythe de Sisyphe» en su «Avant-propos» a la traducción que realiza de «El Caballero de Olmedo», de Lope, dedica el siguiente elogio entre otros a nuestro siglo de Oro: «Dans notre Europe de cendres, Lope de Vega et le Théâtre espagnol peuvent apporter aujourd'hui leur inépuisable lumière, leur insolite jeunesse, nous aider à retrouver sur nos scènes l'esprit de grandeur pour servir enfin l'avenir véritable de notre théâtre», vol. 161, Bibliothèque de la Pléiade, pág. 716. Y es que este autor ha sabido calar en el verdadero valor de la producción de nuestro barroco.

No en vano tampoco Mateo Alemán pone en boca de nuestro pícaro la alusión a este mito, que realmente se encuentra operante en todo el ir y venir del devaneo existencial del héroe picaresco. Y a mi juicio este mito resume todo lo complejo y aun lo contradictorio de lo que llamamos «senequismo».

«Hacemos voto de paciencia y sufrimiento, prometiendo estar firmes y constantes en el tormento, aunque pocas veces llegamos a este punto, pues (como ya dije a vuesa merced) con el quinto se remedia todo» —la quinta parte de los hurtos para soborno del alguacil—. Carlos García, *La Desordenada Codicia de los Bienes Ajenos*, pág. 1184a.

En realidad, esta viene a ser la actitud del pícaro ante el contratiempo. Este su móvil. Nunca pierde las esperanzas de salir bien. El practica el «sisifismo» entre bienestar y contratiempo, y esto de una forma primaria, instintiva y temperamental a veces. No tiene conciencia prácticamente del continuo retorno de sus acciones. La actitud del senequista viene exigida por la virtud, y no por el instinto de conservación y a veces vicio de la «picardía».

«... cuando la desdicha sigue a un hombre, ninguna diligencia ni buen consejo le aprovecha, pues de donde creí hacer lana volví sin ella trasquilado». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 443b.

Es este un conformismo, pero no cobarde, puesto que pese al convencimiento de ello, lucha siempre contra él, en un continuo cumplimiento del «sisifístico» deber de los humanos.

«Comencé mi camino a solas, no con pocos pensamientos ni libre de cuidados». O. c., pág. 432b.

Es el hombre al desnudo, el que el existencialismo ha sabido pintar como es. El pícaro se ha trazado un camino, y lo sigue con gran entereza de ánimo y espíritu de lucha, o sólo con ésta como móvil y objetivo, incluso sin camino predeterminado. Es la pura encarnación del mito de Sísifo, mordidiéndole siempre la cola a la envolvente adversidad, tan persistente como variable.

«Procuré olvidar lo que no pude remediar, tomando por instrumento la memoria de mi jornada». O. c., pág. 432b.

Senequismo forzado y fatalista, pese a una cierta grandeza, más cerca de lo posiblemente humano, que la muy elevada y descarnada abstracción estoica.

El estoicismo invita a un quietismo inhumano e insípido. No se puede decir que el Senequismo, el integral, el de las tragedias y el de los textos filosóficos, sea un ejemplo de estoicismo a ultranza, pero cabe la cuestión de hasta qué punto esa muestra escénica del pensamiento senequista no pasa de ser una trágica forma de vida, que pese a los sentimientos más nobles está determinada de arriba abajo, sin más aspecto positivo que el de la lucha, por sí misma, lucha impotente e inútil, incapaz de mover un ápice a ese inalterable, cruel, injusto e inexorable fatum. Así entendido este lado del pensamiento senequista, no sería más que la confirmación, la prueba «per absurdum» del descarnado como sabio quietismo estoico. No vemos razones positivas para no pensar al leer a Séneca en una versión y paráfrasis del viejo mito de Sísifo.

No anda muy lejos la Picaresca de la interpretación sisifística de la vida.

Como creemos que las coordenadas «afán-lucha», «desgana-abandono» de la filosofía existencial hacen a nuestro intento, antes quiero adelantar algunos párrafos de la «Visión de la Literatura española», de Rafael Benítez Claros, págs. 135-144: «Efectivamente, la galería de pícaros españoles ofrece una gama de situaciones vitales, capaz de corresponderse con todas las posturas que modernamente presenta la filosofía existencial. Es ello tan palpable, que a veces es difícil creer cómo no haya sido denunciada aún tan importante coincidencia.

«Así, el *existencialismo neutro* de Heidegger, es decir, el que se encuentra al margen del problema religioso, estimo que podría parangonarse con el estructurado por la biografía de Lázaro. La realidad para este mozo es puramente contingente y temporal...; pero la consecuencia es que Dios, aunque presente, no se manifiesta activo en la realización de esta vida. Ya sabemos que parecida situación religiosa..., aquí se convierte en cuestión decisiva, pues no estamos ante una mera creación literaria, sino ante una configuración del espíritu.

«En cambio, el *existencialismo cristiano* de Soeren Kierkegaard halla su formal creatura en Guzmán de Alfarache. ¿Hasta parece modelada, organizada esta alma para sufrir anticipadamente las mismas inquietudes del filósofo de Dinamarca? El mapa psíquico de Mateo Alemán muestra las mismas grietas, iguales accidentes que el de Kierkegaard. El hombre es una mezcla de nada y de pecado, cuya solución estriba en la confianza en sí mismo y en la entrega total en las manos de Dios.

«De momento, nos interesa señalar que esa absorbente angustia, que constituye el eje de la preocupación de aquel filósofo (Kierkegaard), es el centro también, la llaga que corroe a Guzmán. El otro polo de la semejanza se halla en el didactismo, en la autoeducación padecida por una y otra alma, en el continuo rumiaje de la propia experiencia, largamente ejercido antes de la asimilación. Dios mismo se convierte en objeto de esta personal recreación, hasta el punto de que, según Kierkegaard, su espíritu en alguna manera engendra a Dios, es teodidáctico o maestro de Dios; y no otra cosa que automostrarse a Dios es lo que realiza de modo cotidiano Guzmán en su arisca existencia.

«Si no supiésemos que Quevedo es un hombre hondamente católico, diríamos que el fruto de su alma, el Buscón Pablos, le ha sido un hijo negativo, espiritualmente desahuciado, inútil para la esperanza y ciego para dentro.

«Henos aquí ante una creatura que bien podría apadrinar el autor de *La náusea*.

«Entre El ser y la nada, como en el título de la obra de Sartre, se columpia nuestro personaje, que, trajinando siempre con la realidad más agria, nos deja luego el vacío entre las manos. El absurdo parece ser el motor del mundo que rodea a este pícaro, que a fuerza de moverse por incongruencias acaba por demostrarnos el fracaso de nuestra propia vida.

«El egoísmo, la infidelidad y la ira cruel, toda degradación humana tiene cabida en la novela, mas no como entidades de excepción, sino formando la medula, la pulpa del asunto. Al final del camino que Quevedo

nos ha obligado a andar nos encontramos no sólo con las manos —como el héroe de Sartre—, sino también con el corazón vacío.»

Entre las ideas operantes en el pícaro hay una, si no otras, que lo distingue del logicismo pesimista estoico y del tremendista sisifismo de Séneca. Me refiero al positivo afán de restauración, de reforma social del pícaro a través de todos los pecados sociales que analiza, critica e intenta vencer en aras de una concepción posible y verdadera. El desorden e injusticia social, el desorden cósmico —puesto que el mal denunciado en un estoicismo o senequismo es metafísico, de raíz— hace al estoico refugiarse en la impasible e inimpresionable inactividad y a nuestro corodós Aquiles convencerse más y más de su quietismo, no obstante las impresionantes zancadas de sus tragedias, todas ellas decididas por una misma e insobornable realidad, el orden cósmico. Es la situación que espléndidamente canta Paul Valéry en su *Cimétière Marin*, estrofa XXI:

«Zénon! Cruel Zénon! Zénon d'Elée!
M'as-tu percé de cette flèche ailée
Qui vibre, vole, et qui ne vole pas!
Ah, le soleil... Quelle ombre de tortue
Pour l'âme, Achille immobile à grands pas!»

Basta leer la Carta XXIV a Lucilio, para convencerse de que Séneca advierte el sisifismo. Séneca entrevé su propia actitud, pero no la adopta, admitiendo incluso lo más contradictorio. Existencialismo y sisifismo en sus múltiples facetas se encuentran adoptados en el fondo, y negados en alguna parte en Séneca. Existencialismo sisifista, si cabe la expresión, se encuentra en la Picaresca.

Johann Anton Doerig, hablando de «El concepto democrático de la Literatura española», Humboldt, núm. 14, dice que «De tal cabe calificarse todo el género de la novela picaresca que representa una visión del mundo a través de la perspectiva democrática del hombre de la calle. La resonancia...» El mismo desorden estoico o senequista, o mejor dicho, un desorden más epidérmico, por la misma naturaleza de su consideración social, es el punto de partida para una actitud de réplica y de reforma. El pícaro admite un orden eterno e íntimo que hay que descubrir y restablecer en la vida. El pícaro es profundamente optimista, cree en una positiva y auténtica restitución del orden, venciendo el orden circunstancial que la malicia de los hombres ha desencadenado sobre la tierra. Que su lucha caiga en el vacío y que prácticamente no sea sino sisifística, esto es cuestión de resultados y no de actitud y empeño vitales. Nuestro Aquiles pícaro no se viste el caparazón de tortuga, no llega a tan profundo su pesimismo.

El picarismo lo ataca todo, el desorden envolvente e incluso a sí mismo. El pícaro no es ni panglossista ni empedernido polemista. Cree en la Providencia y practica la lucha por la existencia. No es bobo providencialista ni condenado polemista.

No todo lo que acontece al pícaro es querido por obra y gracia de Dios. Tampoco está condenado a existir. Al contrario, cree en Dios y gusta de la existencia. Lucha para vivir, para existir, para lograr una existencia mejor, pues ésta —una agradable y digna existencia— existe para el pícaro. Y ahí damos con el aspecto positivo de su humanismo, su punto diferencial de los otros «ismos» que consideramos.

Según esto, diríamos que el pícaro es externamente, circunstancialmente, pesimista y profundamente afinado en un trascendental optimismo. Esta ironía de que él reviste los tortuosos y torcidos pasos de su trasiego vital, según vimos anteriormente, capítulo VI, apunta a un muy serio y auténtico optimismo, que preside y asegura esta ironía del vivir de la «orden de picardía», y la hace posible, impidiendo degenerar en absoluto nihilismo y corte total de toda actividad existencial. Compárese la teoría del suicidio de Séneca, compatible con su sistema, con esta otra actitud a que aludimos de nuestro pícaro.

VIII

VIRTUD Y HONRA

«Allí viviera yo y lo pasara como duque, si tuviera con qué». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 439b.

«Mucho se debe agradecer al que por su trabajo sabe ganar; pero mucho más debe estimarse el que sabe con su virtud conservar lo ganado». Guzmán de Alfarache, Parte I, págs. 314b y 315a.

«... porque si la *honra* es el premio de la virtud —como lo es— ¿cómo sabrá el virtuoso la opinión que tiene en el pueblo si no se lo dicen en su cara...?» Vicente Espinel, *Vida de Marcos de Obregón*, págs. 977a y b.

«El intento mío fue ver si acertaría a escribir en prosa algo que aprovechase a mi república, deleitando y enseñando... que la virtud —mirada de cerca— tiene grandes gustos para quien la quiere, y el deleite y entretenimiento dan mucha ocasión para considerar el fin de las cosas». O. c., pág. 916a.

«Yo querría en lo que escribo que nadie se contentase con leer la *corteza*, porque no hay en todo mi Escudero hoja que no lleve *objeto particular de lo que suena*». O. c., pág. 917b. Y Luis Vélez de Guevara al

concluir su *Diablo Cojuelo*: «... quien la leyere se entretenga y no se pudra en su leyenda y verá qué bien se halla». Pág. 1665b.

«... mostrar en mis infortunios y adversidades cuánto importa a los escuderos pobres, o poco hacendosos, saber romper con las dificultades del mundo, y oponer el pecho a los peligros del tiempo y la fortuna, para conservar, con honra y reputación, un don tan precioso como el de la vida...» *Vida de Marcos de Obregón*, pág. 917a.

Normalmente al pícaro le acontece lo que de sí dice Obregón: «aunque tengo condición de pobre, tengo ánimo de rico», o. c., pág. 931a. Y: «he tenido por mejor y más seguro abrazarme con la *pobreza* que abrazarme con la *esperanza*», o. c., pág. 937a.

El pícaro éste, en realidad, aunque tiene voluntad de rico, se abraza con la realidad de pobre para vivir en paz con lo que la natura le da en cada momento. En realidad, si aducimos testimonios de Marcos de Obregón, «maestro... viejo cansado del mundo y con buena opinión», sólo es en virtud del centaurismo de nuestro pícaro, «pícaro y anti-pícaro» a un mismo tiempo. Como ejemplo del antipicarismo de Marcos de Obregón, que ya Pfandl veía «mucho más manso e inocente» que sus camaradas los Guzmanes y Buscones, recojamos la siguiente cita: «Estudien, lean, aprendan algo de virtud, que no ha de ser todo congraciarse con el señor, derribando al uno, desacreditando al otro y amenazando a aquél, y enfadando a todos. Sobre cosas que no tienen más calidad ni cantidad que comer y pasearse, y a la vejez contar historias, que ni las vieron, ni las oyeron, ni aun quizá las oyeron, que la necesidad los hace inventores». O. c., pág. 945b.

«... tundidor de mejillas y sastre de barbas». *La Vida del Buscón*, pág. 1082b.

«Era el dueño y güésped de los que creen en Dios por cortesía, o sobre falso». O. c., pág. 1093b.

«... negra honrilla de ser sus criados». O. c., pág. 1100b.

«¡Oh proclive humanidad nuestra, que con los malos términos se abraza...!» *El Diablo Cojuelo*, pág. 1654b.

«... y también porque antes fuera dar que imitar, que no referir vicios de que huyan los hombres. Mas quizá declarando yo algunas chanzas y modos de hablar, estarán más avisados los ignorantes, y los que leyeren mi libro serán engañados por su culpa». *La Vida del Buscón*, pág. 1141a.

«—No hay tal maestro como el bien acuchillado». O. c., pág. 1142a.

«Y fueme peor, como vuesa merced verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbre». O. c., pág. 1143b.

En Quevedo no hay lugar a confusiones entre la virtud y el vicio, la

pura apariencia y la verdadera renovación, «pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar».

El moralismo en Marcos de Obregón tiene momentos de mucha belleza literaria, pero no son raros los capítulos, «descansos», de cansina machaconería moralizadora.

El tratado de Ira, de Séneca, deja sentir su influencia o réplica en el libro entre utópico y fantástico de Vicente Espinel. Véase «Descanso último y epílogo» con sus exhortaciones a la «paciencia» para su parangón con Séneca.

«De las cosas que suelen causar más temor a los hombres, no sé cuál sea mayor o pueda compararse con una mala intención; y con mayores veras cuanto más estuviese arraigada en los de oscura sangre, nacimiento humilde y bajos pensamientos; porque suele ser en los tales más eficaz y menos corregida». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 235a.

«... virtud, sangre y poder, de que se compone la verdadera nobleza». O. c., pág. 235b.

«Conseguirás juntamente que, haciendo mucho lo que de suyo es poco, de un desechado pícaro un admitido cortesano, será dar ser a lo que no lo tiene...» O. c., pág. 235b.

«Y aunque a ninguno conviene tener la *propiedad de la hiena*, que se sustenta desenterrando cuerpos muertos. ... pues nace de viles y bajos pensamientos tratar de honrarse con afrentas ajenas, como de ordinario se acostumbra: lo cual condeno por necedad de siete capas...» Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 240a.

Este sentido de la propia estima se encuentra en armonía con el sentido senequista de la independencia.

De la completa obra de García-Borrón, «Séneca y los estoicos», páginas 119-123, anotamos a este respecto: «La concepción personalista de la Ética de Séneca obliga a nuestro moralista a inclinarse francamente del lado de la *libertad* en la difícil antinomia por su doble origen cínicoheraclíteo. Conviene no dejarse engañar por el empleo del término «libertad» en el estoicismo.

«Pero la libertad... es la conformidad con el curso rigurosamente determinado de aquellos y con la suerte fatal de estos.

«El propio Séneca... acuñó la célebre definición: «parere deos libertas est»; y suya es también otra frase no menos conocida: «fata volentem ducunt, nolentem trahunt». Al conocimiento de esta verdad y a su consecuente aceptación se reduce la libertad estoica.

«Ahora bien, como tantas veces en Séneca, al lado de la consciente admisión de la doctrina estoica irrumpe otra concepción, ora manifiesta,

ora implícita, incompatible con aquella.» Ep. XXXVII, 3; Ep. LXIV, 3; De Ben. I, XI, 4; De Ben. II, XXXV, 3.

«El hombre así considerado deberá ser autosuficiente (frente al vicio, frente a otros hombres, frente a la naturaleza misma); y la autosuficiencia de su individualísima personalidad, *mucho más cínica que estoica* si así puede decirse, merece del cordobés el más alto de los aprecio y es el mejor elogio que sale de su pluma, el mejor florón para su galería de retratos morales. «El hombre admirador tan sólo de sí mismo, artífice de su vida...», superador de las dificultades y de la muerte misma, como expresa aquella su tan celebrada sentencia: «Si magnus vir cecidit, magnus iacuit» (Ad Helv. XIII, 8). El hombre, orgulloso de su soberanía, y, *para escándalo del estoicismo, autónomo frente a la sociedad y aun contra la sociedad*. El sabio no necesita de sufragios, no teme encontrarse con una sentencia contraria de la oposición más ingente: con su sola opinión, vence (De Ben. IV, XXI, 5).

«La celeberrima frase de Medea, cuyo sentido discutieron tanto y a veces con tan poca cordura los enciclopedistas franceses, *no es otra cosa que la solemne expresión trágica de la concepción senequista de la autosuficiencia de la persona...* Nihilque superest opibus e tantis tibi? Medea superest (Medea, acto II, versos 165 y 166).

«El entusiasmo por el valor de la persona humana lleva a nuestro filósofo a la más absoluta expresión de autonomía del hombre y de la moral, fuera o no consciente de su formulación teórica: el hombre virtuoso. Es el Sumo bien. «El Sumo bien es el ánimo que desprecia lo fortuito y con la virtud se contenta: la fuerza invicta del ánimo, sabia, serena, humana y cuidadosa de los suyos». Summun bonum est animus... (De Vit., IV, 2).

En conexión con este espíritu de Séneca citemos a Karl Vossler, «Escritores y Poetas de España», pág. 14: «Lo español de estos hijos de la miseria está en que nunca se sientan arrastrados por sus desventuras, a dudar de sí mismos ni a desesperar de Dios o de España. Los desarraigados pícaros que nos sonríen maliciosamente desde los cuadros de Murillo poseen una certeza íntima: *su valor humano, su honor*. Hasta encontramos un cierto tono heroico en la hermandad de vagabundos y ladrones que Cervantes nos ha descrito con tanto humor en la novela *Rinconete y Cortadillo*. Es una hermandad que, a su manera, contribuye también con sus actividades al loor y mayor gloria de Dios.»

«Mira, alumno mío, mi mansión; no es alcázar, ni es palacio del duque de Medina, ni el de Alcalá; pero es un juguete donoso, un brinco habitable, un retiro quieto, y, finalmente, una vivienda apacible para un caballero como yo, que gusta de estos retiros, separado del bullicio de

esta ciudad». Castillo Solórzano, *Aventuras del Bachiller Trapaza*, página 1469b. Este espíritu de independencia se traduce en íntima soledad, pues como dice Karl Vossler, «La soledad en la poesía española», pág. 105, «Ni siquiera la novela picaresca se aparta de la vida solitaria y alejada del mundo».

Esta complejidad senequista que se aviene con el espíritu de la Picaresca, ha sido expresada también por Highet, «La tradición clásica», tomo I, págs. 327 y 328: «Ante la comprobación de que la vida está gobernada por fuerzas indiferentes u hostiles a las esperanzas del hombre hay varias reacciones posibles. Una de ellas, enseñada por la filosofía de Séneca, es la taciturna indiferencia, la obediencia fría, y aun orgullosa, a un halo ineluctable. Este desdén filosófico por los acontecimientos externos apareció aquí y allá durante el Renacimiento, vigorizado por las tradiciones caballerescas, particularmente españolas... Otra reacción es la protesta furiosa, el grito de sufrimiento que se desata en palabras, una delirante afirmación de la propia personalidad que llega a ser semejante a lo locura. Las dos reacciones aparecen en las obras de Séneca».

«Mi afrenta o mi respeto están colgados solamente de mis obras y de mis palabras». Vida de Torres Villarroel, pág. 1917b.

«... porque mi espíritu no se altera con el aire de las alabanzas ni con el ruido de los vituperios». O. c., pág. 1913b.

El capítulo I del libro III del Guzmán de Alfarache de «Mateo Luján» es un tratado de la vanidad digno de Séneca.

De Guzmán de Alfarache, Parte I, págs. 241-251: «Común y general costumbre ha sido y es de los hombres, cuando les pedís reciten y refieran lo que oyeron o vieron, o que os digan la verdad y sustancia de una cosa, enmascaralla...

«Quilatan con su estimación las cosas, no pensando cumplen con pintar el caballo si lo dejan en cerro y desenjaezado.

«La sangre se hereda y el vicio se apega. Quien fuere cual debe, será como tal premiado y no purgará las culpas de sus padres.

«... desesperado de cobrar la deuda por bien de paz, como quien no dice nada, renegó... Ténganos Dios de su mano para no caer en otras o semejantes miserias, que todos somos hombres.

«El tiempo corre y todo tras él... amaneciendo siempre más viejos y cercanos a la muerte.

«No mires a quien lo dice, sino a lo que se te dice; que el bizarro vestido que te pones, no se considera si lo hizo un corcovado».

«Séneca, como dice García-Borrón, desprecia la nobleza gratuita, la del que, como nuestros clásicos decían, no es "hijo de sus obras", la fama y el renombre *postizos*. "Porque no es nuestra la gloria que fue

antes que nosotros". Pero está muy lejos de despreciar la gloria que esté en nuestra mano alcanzar. "Animus facit nobilem", el ánimo distingue, y el orgullo personal de la distinción conseguida con el esfuerzo propio es, para Séneca, bien lejos del ματαιότης ματαιότητων de Marco Aurelio o Epicteto, legítima, deseable y «un bien precioso». Entre las cosas «útiles» que siguen de cerca a las necesarias destaca Lucio Anneo «el honor y el éxito feliz de los que aspiran a encubrirse, pues nada es más útil que el hacerse uno útil a sí mismo» (De Ben. I, XI, 5).

«Séneca no pone en duda la superioridad de un navío sobre otro, para emplear su propio símil, sino el que de ella resulta una relación de superioridad de piloto a piloto.

«Sólo que discierne rigurosamente esa estimación de la que corresponde a la dignidad humana, superior y no condicionada por aquella. Puede apreciarse bien esta característica senequista en la valoración que el cordobés concede a *nobleza, gloria y fama*. Para el pensamiento estoico son pura vanidad, ni más ni menos que los bienes de fortuna». Páginas 110 y 111. «Séneca y los estoicos».

Ya Angel Ganivet en su «Idearium español» había precisado, pág. 6: «Toda la doctrina de Séneca se condensa en esta enseñanza: No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa en medio de los accidentes de la vida, que tiene dentro de ti una fuerza madre, algo fuerte indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fuesen los sucesos que sobre ti caigan, sean de los que llamamos prósperos, o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de ti que eres un hombre». Ya que no un dios imperturbable, podríamos añadir, ni tampoco una brizna sin peso ni sustancia.

Más adelante García-Borrón en su citada obra, págs. 123-125, dice: «En modo alguno es este concepto "humano" de la libertad insólito en Séneca. La deseable, la irrenunciable libertad a que el pensamiento senequista apunta continuamente no es sólo la interna libertad negativa de los estoicos. Incluye en sí la acepción popular, emotiva, del término (soberanía, independencia) y la idea estoica de la libertad íntima.

»Es obvio, sin embargo, que el que hemos llamado *concepto "popular" de la libertad*, al cual Séneca no quiere renunciar, es incompatible con la "sabiduría" estoica.

"Libre" quiere decir para Séneca, lo mismo que para Crisipo, Marco Aurelio o Epicteto, libre de pasiones, de bruscos desengaños, de las nimias sollicitaciones del mundo. Pero "libre" para Séneca quiere decir *más*. Quiere decir *señor de sí mismo*, de sus actos físicos y no sólo mo-

rales, dueño de su propia vida real y concreta, *independiente, no-obligado*; libre de un sentido plenamente humano y no en el mero sentido metafísico de los estoicos. Y así entendida la libertad —mera ilusión para los estoicos—, sigue pareciendo a Séneca supremamente deseable.»

«Tan pronto se atreve la muerte a derribar un mancebo de veinte y cuatro como un viejo de ciento. Ninguno se agravie de serlo, *pues no hay mayor afrenta que infamar el tiempo y la Naturaleza*». Antonio Enríquez Gómez, *Vida de don Gregorio Guadaña*, pág. 1685b. El senequismo es uno de los elementos que como vértebras entrecruzan y aúnan el todo picaresco. Hay una primaria reacción que no tiene más que frescura natural de agua que salta al estrellarse en los peñascos de las contrariedades. En esta línea, ya con cierta reflexión, se da una actitud hedónica del «carpe diem» ante las islas encantadas del difícil océano donde bracea el pícaro. Pero la reflexión plena, en esta gradación climática reflexiva de lo picaresco, se encuentra en la actitud senequista latente y subyacente en todo momento y que desborda y aflora en los frecuentes momentos de reflexión, dialogada o individual, en esa constante soledad en que vive el pícaro.

«Los que se quitan los años se quitan las armas de la sabiduría.

»No es bien que los años vivan con cuenta y la virtud sin ella.

»El gusano que deshace nuestra vida no se cría de los años; críase de nuestro apetito, que los años no tocan lo que no criaron, sino dan lugar a que se críe». O. c., pág. 1685b. Se encuentran estos destellos de sabiduría práctica y de verdadero senequismo, junto a otros de bajeza y pesimismo.

Este amor a la naturaleza, al tiempo y a sí mismo es un eco de aquel grito de Séneca, en su Ep. ad Lucilium, CXV, 18: «Nunquam te paenitebit tui».

Pero no todo es alta consideración de propia valía, hay también mucho de una cierta impotencia para otra cosa. A este propósito Miguel Siguan, «Psicología de la invalidez», Rev. Atlántida, 1963, núm. 4, página 349, da otra vía de posible explicación de la independencia picaresca: «De cualquiera de los datos aludidos es fácil pasar a la impresión de aislamiento. Por ser inferior en la competencia y por saberse rechazado en el trato, el inválido se siente no sólo distinto sino solo». Y sigue el mismo articulista, pág. 358: «En una sociedad más tradicional, *ser inválido, como ser mendigo*, y muchas veces una mezcla de ambas cosas, es una forma de vida como otra cualquiera, que se recibe en el nacimiento y que da un *puesto determinado* en la sociedad, *incómodo*, desde luego, *pero no deshonroso ni sorprendente*».

Y de esta mezcla de situación y psicología brota esa constante ironía

que da colorido a toda la producción picaresca: «... y si tengo *nobleza*, lo dirán mis obras en el discurso de mi vida, pues a mi flaco juicio *el más bien nacido fue el que vive mejor*». Este satírico-irónico lenguaje de don Gregorio Guadaña, pág. 1672b, contrasta plenamente con la más noble consideración de la honra y de la virtud, considerada anteriormente y de la más pura filiación senequista.

IX

PROVIDENCIA

«Mas, como su divina Majestad envía los trabajos según se sirve y para los fines que sabe...» Gurmán de Alfarache, Parte I, pág. 255b.

«Y no se sabe de alguno que con intención sin obra se haya salvado...» Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 438a. «Que ni el azadón solo ni las manos faltas de instrumento podrán cavar la tierra». O. c., pág.439a.

«Grandes gracias di a Dios, viendo cuánto dio a los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas». *La vida del Buscón*, pág. 117a.

«No hay mal tan malo de que no resulte algo bueno». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 273a.

«Nunca el cielo desampara totalmente a quien da trabajos». Castillo Solórzano, *Aventuras del Bachiller Trapaza*, pág. 1489b. Hay aquí una especie de sana oscuridad en el para qué de los «trabajos», mientras que en Séneca se dan como regalo a los «bonis uiris» y al «optimo cuique», de Providentia, IV, a los mejores, para probar su virtud.

«Quiso su buena fortuna le amaneciese el sol claro, sereno y favorable del cielo, y, deshecho el nublado de sus desgracias, descubrió la nueva luz con que vio el alegre puerto de sus naufragios». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 277a.

«... humilde de bienes de fortuna, pues no le concedió esta madrastra de los nacidos más riqueza que una pobre cama...» María de Zayas y Sotomayor, *El Castigo de la Miseria*, 1610a.

«Las estrellas no fuerzan, aunque inclinan». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 372a. «Hermano mío, mal sientes de la verdad, que ni ha de ser, ni conviene ser; tú lo haces ser y convenir. Libre albedrío te dieron... Las estrellas no te fuerzan ni todo el cielo junto con cuantas tiene te puede forzar». O. c., pág. 372a.

«Entranse los vicios callando, con línea sorda, no se siente hasta tener al hombre perdido». O. c., pág. 371b.

«Vi claramente cómo la contraria fortuna hace a los hombres prudentes». O. c., pág. 296a.

«Si son amigas de gracias, no se maravillen de las desgracias». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 397b.

«Esto sucede a quien se vale de lo ajeno por tales medios». *Aventuras del Bachiller Trapaza*, pág. 1451a.

«El fuego prueba...» «Ignis aurum probat, miseria fortes uiros». De Prouidentia, V, 10.

«Si no queréis luchar es lícito desertar», «Si pugnare non uultis, licet fugere». O. c., VI, 7. Séneca admite la vida como milicia, cosa que no es extraña a la Picaresca, según vimos ya en el capítulo V y VII, «La vida del hombre milicia es en la tierra», Guzmán de Alfarache, Parte I, página 269b. Séneca se da cuenta de la deserción que supone el «suicidio» y por eso efectúa una serie de distinciones, sin llegar a liberarse del todo de esta actitud que para el autor de «Le mythe de Sisyphe» siempre se debe a ignorancia o cobardía.

«Non quid, sed quemadmodum feras interest». De Prouidentia, II, 4.

«... Demetrii nostri et haec uox est...»: «Nihil, inquit, mihi uidetur infelicius eo cui nihil umquam euenit aduersi». O. c., III, 3.

«Hos itaque deus quos probat, indurat, recognoscit, exercet; eos autem quibus indulgere uidetur, quibus parcere, molles uenturis malis seruat». O. c., IV, 7.

«... gubernatorem in tempestate, in acie militem intellegas...». Obra citada, IV, 5.

«... calamitas uirtutis occasio est». O. c., IV, 6.

«Praebendi fortunae sumus, ut contra illam ab ipsa duremur». Obra citada, IV, 12. Que viene a ser la experiencia reflejada en el poema citado de Al-Mutanabb, a propósito del capítulo VI.

«Aquí di punto y fin a estas desgracias. Rematé la cuenta con mi mala vida». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 573b. Parece que quiere dar a entender que «estas desgracias» son consecuencia de su «mala vida», y que el reconocimiento final de su inocencia y el restablecimiento de su libertad son consecuencia de su reordenada conducta final. Para él las desgracias son castigo de desdichas, de bellaquerías, y no, premio y prueba de espíritus nobles y fuertes como es el caso en el senequismo.

«Nunca más alcé cabeza ni en mí entró alegría, no por lo pasado, sino temiendo lo porvenir». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 570a.

«¿Qué tuvo Dios, qué amó Dios, qué padeció Dios? Trabajos. Pues

cuando partiere dellos contigo, mucho te quiere, su regalo eres, fiesta te hace». O. c., pág. 566b.

También el episodio del «cuadro» es digno del De Providentia, de Séneca, Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 567a y b: «Y como, cuando se puso a secar la tabla no reparó el maestro en ponerla más de una manera que de otra, estaba con los pies arriba y la silla debajo.

El caballero, cuando lo vio, *pareciéndole* no ser aquello lo que le había pedido, dijo: «Señor maestro, el caballo que yo quiero ha de ser que vaya corriendo y aqueste antes parece que se está revolcando».

«El discreto pintor le respondió: «Señor, vuestra merced *sabe poco de pintura*. Ella está como se pretende. Vuélvase la tabla». Volvieron la pintura lo de abajo arriba, y el dueño della quedó contentísimo, tanto de la buena obra como de haber conocido su engaño.

«Si se consideran las obras de Dios, muchas veces nos parecerán el caballo que se revuelca; empero, si volviésemos la tabla hecha por el soberano Artífice, hallaríamos que aquello es lo que se pide y que la obra está con toda su perfección. Hacensenos, como poco ha decíamos, los trabajos ásperos; desconocémoslos, porque se nos entiende poco dellos. Mas, cuando el que nos los envía enseñe la misericordia que tiene guardada en ellos y los viéremos al derecho, los tendremos por gustos.»

Este perspectivístico relato del «caballero-cuadro-pintor», que abunda en lo estudiado ya, capítulo IV, y que nos hace pensar en las reflexiones de Ortega en torno al «marco», es digno, al propósito que nos ocupa, del más castizo senequismo, De Providentia, II.

Pero también en la Picaresca encontramos ejemplos de un providencialismo obtuso e inexacto que nada tiene que ver con la seria y prudente actitud senequista. Ambos coinciden en admitir la Providencia, pero en la Picaresca está muy desarrollada la idea de premio y castigo providenciales, mientras que en Séneca no queda clara por lo menos la noción de castigo, y en cuanto al premio providencial, ambos son diametralmente opuestos.

El mal físico, los males y desventuras para Séneca son pruebas de Dios al hombre fuerte y digno de tal gloria, y para el pícaro son el justo castigo de malos pasos.

En conclusión, Séneca admite y se somete a la Providencia, haciendo una neta distinción entre el mundo de la virtud y el del sentimiento y males físicos. El pícaro es providencialista. Admitiendo la Providencia, no se contenta con aceptarla a lo Séneca o a lo estoico, sino que trata de explicarla complicando el mundo de la virtud —mérito, premio— con el mundo físico y del sentido —mal físico, castigo.

Una exacerbación de este problema lo encontramos en la obra de Espinel, que no tiene, en este aspecto, más valor que el arqueológico de haber sido, mientras que Séneca mantiene valores también hoy. El carácter autobiográfico nos descubre una dimensión humana latente y nos pone en la vía de comprenderlo, aunque no lo admitamos. Aquí, entre paréntesis, una vez más se ve claro aquello de Gide, que la mala literatura está hecha de buenas intenciones. Sí que la obra de Espinel tiene su valor, sobre todo, en episodios como el del músico —descanso II, III y IV—, el del gitano —descanso XVI— y el del ladrón de higos —descanso XVI—, pero menos en sus limbáticas, miopes y providencialistas consideraciones. Como si fuera tan claro, ni atrayente, que el mal o el bien físicos forman la dicha o infelicidad humanas. Séneca es más prudente, más misterioso si cabe, y, en suma, más atrayente y bello.

X

LO HUMANO

«... que en mí era maravilla la duración». Mateo Luján, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 667b.

«¡Qué bien se dijo que que honores mudan costumbres!» O. c. página 668a.

«Y en suma, la ira es una de las más crueles fieras de cuantas se crían en el bosque montuoso de nuestras pasiones». O. c., pág. 668b.

«¡Cuántas cosas se han errado, cuántas fuerzas perdidas, cuántos ejércitos desbaratados, de que culpan al que no lo merece y solo se causa porque lo quieren ellos!» Guzman de Alfarache, Parte I, pág. 332a. Una semejante lamentación crítica la encontramos en la obra crítico-burlesca del complejísimo Séneca en su «Apocolocyntosis», X, 3: «Hic, P. C., qui uobis non posse uidetur muscam excitare, tam facile homines occidebat quam canis excidit. Sed quid ego de tot ac talibus uiris dicam? Non uacat deflere publicas clades intuenti domestica mala.»

«En cualquier acaecimiento, más vale saber que hacer porque si la fortuna se rebelara, nunca la ciencia desampara al hombre... Y así debe desear todo hombre vivir para saber y saber para bien vivir. Con sus bienes perpetuos, estables, fijos y seguros». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 319a y b. Lo que nos recuerda varios lugares de Séneca, por ejemplo, Ep. XC, 7: «Hactenus Posidonio adsentior: artes quidem a philosophia inuentas, quibus in cotidiano uita utitur, non concesserim nec illi fabricae adseram gloriam.»

«Tomó el pastel y con dos bocados se le hizo invisible, diciendo:

—Cierto que debe ser de buen pastelero, pues mi estómago se ha atrevido, con su delicadeza, a comerlo, no acostumbrado a tales asaltos; mas no es mucho que tu gracia en comer me ha brindado». Castillo Solórzano, *Aventura del Bachiller Trapaza*, pág. 1470a. Este convertir la necesidad en exuberancia y la miseria en placer es, como ya vimos, una vuelta de mucha filiación senequista.

Algo de esta suprema elevación del hombre por encima de toda circunstancia, lo encontramos en este y otros lugares, donde, si alguna dignidad se afirma, es la del hombre en pureza, porque la pluma genial del artífice de nuestros libros, considera a todos sus personajes desde las plantas de barro de sus distintas figuraciones y los reduce al nivel común de su pura calidad humana.

En la Picaresca se sale por los fueros de los harapientos, desharapados y andrajosos, presentados como antiheráldicos héroes, pues que el afán superador jamás falta en el pícaro.

En cuanto al reconocimiento de la dignidad y valía humanas es definitiva la lapidaria frase de Séneca, Ep. CXV,18: «Nunquam te paenitebit tui.»

«En una espesura hice alto, para con maduro consejo pensar en lo porvenir cómo fuese de fruto lo pasado». Guzmán de Alfarache, Parte I, página 322a.

«Llamóme pasico y apartóme a solas. Era diestrísimo en todo. Lo primero que hizo, como si fuera protopobre, examinó mi vida...» Obra citada, pág. 341b. Esta dignidad del «protopobre», entre irónica y real, abunda en nuestro propósito.

Tampoco falta el amor patrio en nuestro humanísimo pícaro: «¡Ah, ah, España! ¡Amada patria, custodia verdadera de la fe! ¡Téngate Dios de su mano...!» O. c., pág. 350b.

«... porque como nuestra vida es mar, forzosamente ha de haber de todo: quietud, vientos crecidos, borrascas y olas que se levantan hasta las cumbres». Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera, *El Donado Hablañador Alonso*, pág. 1317a y b.

«Es la vida nuestra, señor licenciado, como la mar, como la guerra y como la fortuna; y así como en todas ellas y en cada una de por sí hay tempestades, vientos contrarios, quietud, aires amorosos, favorables, malos sucesos, desastrosos fines, victorias, riquísimos despojos, volver de prosperidad en suma desdicha y desventura, subir de humilde y bajo estado a la encumbrada silla del imperio; así en mi tragedia lo podrá vuesa merced echar de ver, y yo, a mi costa haber experimentado. ¡Qué de veces me vi en buen hábito, rico, favorecido de gente noble! ¡Y cuán-

tas deseando un pedazo de pan para satisfacer mi necesidad y miseria! Vime sobrado con quien me sirviese; después pobre y tan solo, desamparado de todo favor, representé en el tablado de mi vida el papel que suelen muchos representar, haciendo el personaje de un rey, de un príncipe, y luego el de un pobre pasajero o pícaro». O. c., pág. 1319a. ¿Se alude a esta vida concreta del pícaro Alonso, o a la de todo hombre como tal?

«... que a los hombres naturalmente libres el tiempo y la necesidad les enseña lo que han de hacer». *Vida de Marcos de Obregón*, pág. 1008b.

«El bien dudoso, el mal seguro y cierto». O. c., pág. 1024b.

«... no hay contento en esta vida, cuándo por carta de más, cuándo por menos». *El Donado Hablador Alonso*, pág. 1237a.

«... y por saltar de la sartén caí en la brasa, di en Scila huyendo del Caribdis». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 263b.

«Nuestro mesonero se turbó, como digo, que es propio en quien mal vive, temor, sospecha y malicia». O. c., pág. 165b.

«Como él me vio muchacho, desamparado y un pobreto, ensoberbecióse contra mí... Tanto puede la razón que aumenta las fuerzas y anima los pusilánimes». O. c., pág. 267b.

«Que es muy cierto los hombres viles, de vida infame y mal trato, ser pusilánimes, de poco pecho como antes dije». O. c., pág. 268b.

«Dirás: ¡Oh! ¡Qué no es bien que aquel traidor que me ofendió se quede riendo!» No por cierto, no es bueno ni razón; pero si así como así se han de reír de ti, menos malo es que se ría uno y no muchos». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 446b.

«Bien es que te llamen cuerdo sufrido y no loco vengativo». O. c. página 447a. Y también en la misma página: «Vas caminando por desiertos, de venta en venta, de posada en mesón. ¿Parécete buena gentecilla la que lleva el rey don Alonso? Venteros y mesoneros poco sabes quién son, pues en tan poco los estimas y no huyen dellos. Ultimamente irás desacomodado, con mucha calor, con mucho frío, vientos, aguas y tiempos, padeciendo con personas y caminos malos».

«Entonces experimenté cómo no embriagaba tanto el vino al hombre cuanto el primero movimiento de la ira, pues le ciega el entendimiento sin dejarle luz de razón. Y si aquel calor no se pasase presto, no sé cuál ferocidad o brutalidad pudiera parangonarse con la nuestra.

«Pasóseme aquel incendio súbito, y reportado un poco...» Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 331a.

«Quedé tan corrido, que no supe qué responderle». O. c., pág. 319a. Actitud instintiva, juvenil.

Le sucede el pícaro reflexivo: «... aunque pudiera y tuve harto paño.

Mas..., bajé la cabeza y sin decirle palabra me fui avergonzado; que es más gloria huir de los agravios callando que vencerlos respondiendo». O. c., pág. 319a. Compárese el episodio «in balineo», II De Ira, XXXII, de Séneca.

«... porque el socorro en la necesidad, aunque sea poco, ayuda mucho». O. c., pág. 259a. No es la sabiduría la que hace sufrido y resignado a nuestro pícaro, sino la necesidad.

«Los clérigos abominaron el hecho, reprobando mi dicho, haberme pesado el mal que no hice». O. c., pág. 260b.

«Dando a entender que no hay deshonra que lo sea, sino al que la tiene por tal». O. c., pág. 262b. Este relativismo perspectivístico tiene mucho que ver con el carácter de nuestro pícaro.

«Venganza es cobardía y acto feminil; perdón es gloriosa victoria». O. c., pág. 262b.

«Son las venganzas vida sin sosiego... Admirablemente lo sintió Séneca, que como en la plaza le diese una coz un enemigo suyo, todos le incitaban que dél se querellase a la justicia, y riéndose les dijo: «¿No veis que sería locura llamar un jumento a juicio? «Como si dijera: con aquella coz vengó como bestia su saña y yo la menosprecio como hombre». O. c., pág. 263a.

«... gastábaseme la paciencia, y aun hoy se me refresca con ira, embistiéndoseme un furor de rabia en contra dellos —algunos hombres poderosos y ricos—, que no sé cómo lo diga». O. c., pág. 354a.

«Larga se debe dar a mucho, si no se quiere vivir poco. Despreciando las injurias, queda corrido y se cansa el que te las hace». O. c., pág. 312a.

«En los soberbios alcázares y castillos más fuertes es adonde hacen su fuerte el tiempo y la fortuna, amiga de voltear más que un gitano». Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera, *El Donado Hablador Alonso*, página 1319a.

«¿No ves mi poco sufrimiento, cómo no pude abstenerme y cómo sin pensar ocurrió hasta aquí la pluma? Arrimáronse el acicate y torcíme a la parte que me picaba. No sé qué disculpa darté... De mi vida trato en este: quiero dejar las ajenas; mas no sé si podré...» Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 257a.

«... y el rostro que antes tenía de color de difunto se me encendió con ira en contra dél... que es discreción saber disimular lo que no se puede remediar». O. c., pág. 258a y b.

«Hermano, hermana, quítate de ahí. Ayude Dios a cada uno, si hace o no hace». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 447b.

«... salvémonos y basta... Yo me holgaría mucho dello. Que no hará poco quien se salvere». O. c., pág. 443a.

«Dejado aparte que, como nuestra naturaleza de suyo es frágil, el padecer y sufrir lo hace de mala gana: todo le es violento, y para la virtud va muy cuesta arriba, y el bajar, aunque sea al abismo de los vicios, le es muy fácil, y tanto, que muchos de los cautivos, por salir de aquel tormento y verse en libertad, dejan la ley y fe que recibieron en el bautismo santo y siguen la detestable secta del falso y maldito Mahoma». Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera, *El Donado Hablador Alonso*, página 1324b.

Séneca, Ad Pol., XVII, 2: «Nam et non sentire mala sua non est hominis et non ferre non est uiri».

Las coordenadas de la sabiduría del vivir en Séneca son honestidad personal en medio de la fugacidad de lo agradable y de lo desagradable. Mientras que las del pícaro son la lucha por la justicia —guerra y crítica a la injusticia— para el establecimiento del bienestar terrestre y la gloria futura.

De la Picaresca es el siguiente texto: «Dime más: ¿Y a qué se obliga ese que lleva el oficio que decías primero, y esotro a quien el dinero entronizó en la Sancta Sanctorum del mundo? ¿Y cómo queda el hombre discreto, noble, virtuoso, de claros principios, de juicio sosegado, cursado en materias, dueño verdadero de la cosa, que dejándole sin ella se queda *pobre, arrinconado, afligido* y por ventura *necesitado* a hacer lo que no era suyo, por no incurrir en otra cosa peor?» Guzmán de A., P. I., pág. 305a y b.

Hay unos conceptos en la Picaresca que contrastan con la doctrina senequista «pobre», «arrinconado», «afligido», «necesitado a». Séneca, diríamos, sobre las ruinas del ídolo de la estimatoria existencial trata de levantar el orgullo y magnificencia del sabio que gusta lo que le agrada y experimenta lo que le molesta sin luchar ni por lo uno ni por lo otro, y simplemente luchando consigo mismo por mantenerse en la serena honestidad tanto en lo agradable que persigue como en lo desagradable que detesta, y esto no tanto por lo que de mal en sí tiene como por la perturbación que comporta.

El pícaro se afana por una existencia agradable como premio a un valor vivido y auténtico. Resulta paradójico en cuanto a origen de autor se refiere, que Séneca busque la honestidad —pese a lo agradable o desagradable de la circunstancia—, mientras que el pícaro, efectivamente, busca una justicia, un premio de la honestidad, y no la honestidad misma. De ahí el carácter de denuncia y polémica de todas sus consideraciones.

Parece lógico pensar que lo que podría parecer detestable en relación

del uno con el otro es, efectivamente, lo más noble por lo humano y donde reside el verdadero valor del uno frente al otro.

En efecto, si bien Séneca tiene en cuenta lo humano —y en este sentido está ya lejos del puro abstraccionismo estoico—, todavía queda al margen la valoración última del mismo, reducido todavía a mero espectáculo, más o menos atrayente, del impasible espectador u hombre, honesto y virtuoso. En la Picaresca el hombre no asiste ya a la comedia. El toma parte activa en ella, valorando realmente lo humano y todas sus circunstancias. El humanismo integral hace su aparición y el optimismo de la vida alienta al fondo de todas las reflexiones y bagatelas.

La vida necesita reforma, ya que es posible realizar la justicia y dar a cada uno lo suyo, no amparado en el deseo de posteridad como premio abstracto a una fría honestidad obtenida a pesar de las cosas, sino como bienestar efectivo y premio concreto de una humana honestidad que obra y hace el bien sin desprecio de la circunstancia envolvente. El pícaro es un revisionista, un reformador, que no lo fuera sin un verdadero humanismo muy lejano del pesimismo senequista y muchísimo más de la humana frialdad estoica.

Séneca queda fuera de lo vital, que no considera sino de forma secundaria. El pícaro concede el máximo valor a lo vital y lo hace condición indispensable de justicia. Naturalmente que hay un cierto conformismo moral nutrido de la idea de la restitución final de toda justicia —«Lástima grande que quieran, sabiendo esta verdad, hallarse delante de aquel juez recto y verdadero, con acusación cierta que los ha de condenar, y faltos de la restitución que deben, sin la cual el pecado no puede ser perdonado, y no lo quieran remediar». Guzmán de Alfarache, Parte I, página 305b—, y de la muy equivocada idea de una Providencia determinante, de arriba abajo, lo que entre paréntesis, es blasfemo y contrario a toda idea seria de Dios, que no dirige directamente a los humanos, sino a través de ellos mismos y de su aportación personal. De forma que nuestro católico pícaro se mueve, a veces, en un plano inferior al verdadero catolicismo.

Afortunadamente el pícaro no es conformista como podría serlo un estoico y menos Séneca. El se equivoca, diríamos, en sus consideraciones piadosas o conformistas, y acierta a la hora de actuar y criticar. Lucha por su bienestar y critica la injusticia.

La importancia concedida por el pícaro a la situación circundante de la existencia humana, aunque no tan lejos de Séneca, es lo más opuesto al conformismo estoico o moral. En realidad, el conformismo moral que el pícaro se predica y predica, está en los antípodas de su actuación y de su más íntima convicción. Sin querer afirmar que este conformismo

moral sea adyacente a la verdadera concepción de la obra, y sin inclinarnos rotundamente por la idea del «tapaojos» de la Inquisición, efectivamente, si tales consideraciones eran el «laisser passer» de una obra comprometida, el autor lo consiguió hábilmente, de forma que, lejos de ser aleatorio, en el pícaro es una de las vetas de su compleja personalidad.

El pícaro ha experimentado el peso de la injusticia en su desdichada situación; y reacciona declarando una guerra sin cuartel a la injusticia, en beneficio propio primeramente. De ahí que con todos los medios a su alcance se rebele contra la sociedad que le ha producido pobre. Cuando puede obtener un beneficio, no se engolfa en consideraciones disuasivas, y en todo caso, afirmando la potencia de su personalidad, pretende liberarse de todo, incluso de lo que más apetece. Esta pretensión no deja nunca de serlo, y en el fondo sus consideraciones del «Ubi sunt?», «Deus prouidens» y «Ius suum cuique», no pasan de ser hedónicos paliativos de una actitud profunda, constante y decidida. De ahí que el pícaro sea estoico, moralista, asceta; sea todo esto para resolver en su provecho cualquier situación injusta que de momento le oprime.

«Aquí verás, Guzmán, lo que es la honra, pues a éstos la dan. El hijo de nadie, que se levantó del polvo... El otro hijo de Pere Sastre, que porque su padre... Ya les dan lado y silla, quien antes no los estimara para acemileros». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 305a.

El menosprecio de la honra podría entenderse como senequista, y nada más diferente. Aquí se menosprecia y lamenta la injusticia de la «honra». En Séneca se menosprecia sin tantos lamentos, diríamos. El pícaro tiene una concepción existencial de lo que denuncia, sin poderse liberar totalmente, mientras que Séneca —por otra parte rico y sabio, y sin una vivencia directa de ello— da la impresión de lanzar un golpe más profundo a la honra, que indistintamente menosprecia, sin adhesión ninguna, verdadera o falsa.

Séneca está convencido de lo detestable de lo que desprecia, ya que su crítica es más profunda, dirigida a lo humano y a todo lo que alienta; mientras que el pícaro no se ha parado a pensar si realmente es un valor o no la honra. No logra desasirse de su personal sentimiento y no puede por menos de lamentar lo que detesta.

Para Séneca nada vale tanto, aunque aflija nuestra carne y sentidos, que pueda llegar a perturbarnos. El pícaro no acierta a dar el golpe de gracia, y quedando atado a lo que desprecia, lo lamenta, pues lo considera apetecible en tanto se presente bien ordenado y justo.

El pícaro pretende restablecer un orden, tiene una intención reformadora y belicante, mientras que Séneca considera cuanto es y le rodea

y pretende quedar al margen de todo cuanto le pueda acontecer. No llega a ser un problema a resolver, el de la justicia o injusticia, cosa que en el pícaro es decisivo y determinante. Séneca, en definitiva, está en un plano teórico, frío, y el pícaro actúa en lo vivencial, impresionado favorable o desfavorablemente por ello.

No se pueden confundir los planos de ambas perspectivas. Lo que en el Senequismo es reflexiva serenidad y constancia en la lucha, en la Picaresca, cuando más, es una pura puerilidad, irreflexión tan constante que apenas tiene tiempo el pícaro de detenerse, convirtiendo su existencia en un primario y constante resorte de acción y reacción.

Desde luego, la actitud del pícaro en Guzmán se presenta como justificada, como si la primera víctima del picarismo paradójicamente fuera el propio pícaro. Algo así como si ante una actitud despótica del socialmente superior, no cupieran más que dos soluciones: la del caballero poderoso que con sus armas y poder se libera del despotismo de su señor, mostrándose más digno y señor que su propio rey y dueño, regalándole plazas conquistadas, etc., y la del indigente, que sin poder ni armas, empuña las de su ingenio y picardía para liberarse de lo mismo.

Esta sería, pues, una cierta réplica a todos los que quieren acercar la Picaresca al género tipo «sermonario», etc. Quizá la intención más moralizante no vaya tanto para el pícaro, cuanto para un sistema social de base meramente señorial y despótica, de la que la Picaresca sería una fatal consecuencia. «Dejando esto aparte, te confieso que a los principios anduve algo tibio, de mala gana y, sobre todo, temeroso; porque como cosa nunca usada de mí se me asentaba mal y le entraba peor...» Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 300a.

La actitud del pícaro se levanta como réplica a la «honrilla», que no es hija de la virtud: «No haces honra de vestir al desnudo ni hartar al necesitado ni ejercer como debes las obras de tu ministerio y otras muchas que sé y las callo... Haz honra de que esté proveído (provisto) el hospital de lo que se pierde en tu botillería o despensa; que tus acémilas (mulas) tienen sábanas y mantas y allí se muere Cristo de frío. Tus caballos revientan de gordos y los pobres se te caen muertos a la puerta de flacos. Esta es la honra que se debe tener y buscar justamente...» Ob. cit., pág. 301a. Algo así como si Mateo Alemán quisiera justificar las picardías del pícaro, pues que medra a costa de lo que le sobra al poderoso y no le corresponde conservar ni derrochar. «A fe que ha de costar más de una purga tanto tragar de honra». Ob. cit., pág. 301.

Y no faltan las máximas de un auténtico humanismo, entre cristiano y senequista: «Pues haz de manera que tu oficio, que es la cera, se crea después de ti, conociendo al oficio por ti y no a ti por el oficio». Ob. cit.,

página 304a. Acentos éstos de un gran purismo moral y una profunda protesta social.

«Pues no quiero honra ni dignidades; no quiero tener honra ni verla; estéte como te estás, Guzmán amigo». Ob. cit., pág. 306a. Estos atisbos de recesión estoica, profundo pesimismo, lejos de esa nota tan senequista de lucha a ultranza o morir, no es menos frecuente en esta desconcertante y vitalista actitud del pícaro. Reflexiones tales que nos ponen en la opinión de que realmente hay que acudir a Séneca para explicar un tanto el misterio de una tan paradójica personalidad. Porque en ese aparato de lucha, de dolor y lágrimas, de mito sisifístico, del legado senequista, en el trasfondo de esa enorme pantalla más humana actúa siempre este pesimismo y conformismo estoico.

«¿Quién te mete en ruidos, por lo que mañana no ha de ser ni puede durar?» Ob. cit., pág. 306a. Y también: «¡Oh tú, dichoso dos, tres y cuatro veces, que a la mañana te levantas a las horas que quieres, descuidado de servir ni ser servido!» Ob. cit., pág. 306b.

Esta especie de libertismo que acerca picarismo y senequismo, tiene una raíz en ese maravilloso orden supremo que en vano pretende salir por los fueros de esa manzana de la felicidad, atravesada profundamente en ambos por el gusanillo de la insatisfacción y del pesimismo.

«No todos lo pueden todo —este declararse impotente ante “todo”, “no todos, todo”, apunta a un afán ambicioso y a una real situación de muy relativa concreción práctica. El pícaro siente ese afán constante, esa brutal quimera, de aquello, “todo”, que en sus manos nunca es más que una efímera apariencia, ni se olvidó Dios del pobre, que camino le abrió con que viviese contento, no dándole más frío que como tuviese la ropa, y puede como el rico pasar si se quisiese reglar». Ob. cit., página 306b. Todas las posturas son ensayadas en el devaneo picaresco: providencialismo aristotélico, determinismo senequista, al lado del absurdismo existencialista de todo lo finito.

Este ensayo de actitud vital que es el picarismo, no convence ni satisface al propio pícaro. «Libre me vi de todas estas cosas, a ninguna sujeto, excepto a la enfermedad, y para ella ya tenía pensado entrarme en un hospital». Ob. cit., pág. 308a.

«Entonces pude afirmar que, dejada la picardía como reina de quien no se ha de hablar y con quien otra vía política no se puede comparar, pues a ella se rinden todas las lozanías del curioso *método de bien pasar* que el mundo solemniza...» Ob. cit., pág. 309a.

Este «bien pasar que el mundo solemniza» es «curioso» para el pícaro y no le satisface, pese a la calificación del «pasar» que tanto el pícaro como Séneca tratan de hacerlo «bien». Lo cual es paradójico y

exponente de lo humano de ambos sistemas, dentro de una perspectiva moderna si queremos, ya que «pasar» es un término peyorativo para el ser humano que quiere «permanecer». Y es que el pícaro se encuentra solo, o lo que es peor, rodeado de enemigos. La añoranza de amistad en la constatación de su contraria es común a senequismo y picarismo. «No hallarás hombre con hombre; todos vivimos en asechanza los unos de los otros, como el gato para el ratón o la araña para la culebra...» Ob. cit., pág. 308a. Este «homohominilupismo» no deja de ser una de las notas más profundas de este resentido social que llamamos «pícaro».

Nada escapa al fuego demoledor de nuestro irónico personaje, desconsiderando incluso el temor de la «hoguera inquisitorial»: «Lo mejor sería que ciñeses y vieses lo que te aprieta y lo reparases con tiempo: que hay confesores de grandes absolvederas que son como sastres». Ob. cit., pág. 305b.

«Don Francisco, en igual peso

veras y burlas tratáis». *La Vida del Buscón*, pág. 1082b.

Creo que este fiel de la balanza consigue en la Picaresca un acendrado y efectivo antisenequismo, pues de haber un basculazo en ese peso, son las burlas las que vencen pregonando sus hazañas. Claro que son «del ocio», pág. 1082a, y éste tiene mucho de senequista, por lo menos en la «sustancia», tomando el lenguaje de la pícara Justina.

Realmente, la impresión que se obtiene después de leer la Picaresca, es una gran comprensión para todo. No, no es pesimista la vida que se levanta de las ruinas de la Picaresca. Sí, cierto, ella es ruinas, pero ruinas de un gran monumento, que sólo echado en ellas se hace visible y ponderante. Su enraizamiento humano, siempre a ras de tierra, siempre en ruinas, proporciona una dimensión humana, que supera las abstracciones estoicas y del mismo Séneca, si bien el humanismo de Séneca no se agote ahí, si atendemos a sus tragedias.

XI

A PROPOSITO DE UNA CITA

«Así los prados... Todo son hoyos, piedras y basura». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 338a, a que aludíamos, capítulo VI, pág. 96. Y Séneca: «Si pugnare non uultis, licet fugere». De Providentia, VI, 7. Séneca no admite medias tintas. Su filosofía es de lucha, o de muerte. No de melancolía. En lo cual cabe observar una distinción con nuestro picarismo, donde más bien se defiende un sisifismo mal que bien, apre-

ciando no obstante mucho la vida para tomar la decisión de la muerte, que luego recordará Camus en su interpretación del suicidio, *Le Mythe de Sisyphe*. Se decide a seguir luchando, pero dentro de un aura de melancolía y desengaño.

«Haga de conchas de galápago y lomos de paciencia, cierre los oídos y la boca quien abriere la tienda de los vicios. Y ninguno crea que teniendo costumbres feas tendrá fama hermosa. Pues el nombre sigue a el hombre y tal será estimado cual su trato diere lugar para ellos». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 399a.

«Mas como ni el retórico siempre persuade ni el médico sana ni el marinero aporta en salvamento, habréme de consolar con ellos, cumplidas mis obligaciones, *dándote buenos consejos y sirviéndote de luz, como el pedreñal herido que la sacan dél para encenderla en otra parte, quedándose sin ella*». Ob. cit., pág. 390a.

«Digo que *aquesta confesión general que hago*, este alarde público que de mis cosas te represento, no es para que me imites a mí...» Ob. cit., pág. 389a.

«¿Qué gusto podrá recibir un desdichado que ahorcan con que acá le queda un buen solicitador?» Ob. cit., pág. 428b.

Realmente, no es la honra ni la virtud el móvil primordial del pícaro. No es a Sócrates, bebiendo la cicuta, ni a Séneca, abriéndose las venas, a quienes tiene presentes. El tiene mucho cuidado de su pellejo, valga la expresión, y a toda costa trata de conservarlo.

Parece como si se anticipara a esa norma de los Ejercicios de San Ignacio invitando a la penitencia, pero sin que se corrompa el «sujeto». Honra, sí, penitencia, trabajos, todo, pero comer, vivir, salvar la piel: he ahí el lema picaresco.

«No es nuevo para mí, aunque lo sea para ti, ¡oh enemigo vulgo!, los muchos malos amigos que tienes, lo poco que vales y sabes, cuán mordaz, envidioso y avariento eres... ¡...qué incierto en los bienes, qué fácil de moverte, qué difícil en corregirte!... ¿Cuáles defectos cubren tu capa?...» Ob. cit., pág. 235b.

«No quiero gozar el privilegio de tus honras ni la flaqueza de tus lisonjas: que la alabanza del malo es vergonzosa... Las navajadas de tus colmillos y heridas de tus manos sanarán las del discreto, en cuyo abrigo seré dichosamente de tus adversas tempestades amparado... No me será necesario con el discreto largos exordios ni prolijas arengas: pues ni le desvanece la elocuencia de palabras ni lo tuerce la fuerza de la oración más a lo justo, ni estriba su felicidad en que le capte la benevolencia... Pues doyte mi palabra que se engaña y a solo el bien común puse la proa...» Ob. cit., pág. 236b.

«Líbrenos Dios de sus garras, que son crueles más que de tigres ni leones; cuanto quieren hacen y salen con cuanto desean... que siempre suelen amor, interés y odio hacer que se desconozca la verdad, y con el soborno y favor pierden las fuerzas razón y justicia». Ob. cit., página 441b.

«Desdichado del que se ve pobre, todo le falta, nadie se se le ofrece; diferente del próspero, que todos le agasajan, le regalan y cortejan». Castillo Solórzano, *Aventuras del Bachiller Trapaza*, pág. 1481b.

Hay una especie de visión fatalística de la sociedad. Esta contraposición de ausencia o superabundancia de todo apunta a un problema de convivencia enraizado en la subsistencia en el sentido más primario de «seguir viviendo» como un árbol o una planta, un viviente cualquiera. Se apunta a una soledad de la naturaleza hostil, y a una soledad de unos hombres que no quieren saber nada con el necesitado.

«Débense buscar los amigos como se buscan los buenos libros... Conforme a lo cual, siempre se tuvo por dificultoso hallarse un fiel amigo y verdadero... Uno solo hallé de nuestra misma naturaleza, el mejor, el más liberal, verdadero y cierto de todos, que nunca falta y permanece siempre sin cansarse de darnos; y es la tierra... Y todo el bien que tenemos en la tierra, la tierra lo da... En todos cuantos traté, fueron pocos los que hallé que no caminasen a el norte de su interese propio». Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, Parte II, p. 431 b.

«El hombre prudente antes debe carecer de todos y cualesquiera otros bienes que de buenos amigos, que son mejores que cercanos deudos ni propios hermanos». Ob. cit., págs. 430b y 431a.

«Muchos amigos tuve cuando próspero. Todos me deseaban, me regalaban y con sumisión se me ofrecían. Cuando faltaron dineros, faltaron ellos, fallecieron en un día su amistad y mi dinero». Ob. cit., página 432a.

«El día que en tu casa pudieres comer con piedras duras, no quieras en la ajena pavos blandos». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 372a.

«La vida se puede aventurar para ganar un amigo». Ob. cit., pág. 311b.

«No ganes enemigos de los que con buen trato puedes hacer amigos: que ningún enemigo es bueno...» Ob. cit., pág. 271b.

«¿No consideras la perversa inclinación de los hombres, que no sienten sus trabajos cuando los de sus enemigos son mayores?» Ob. cit., página 272a.

«La murmuración, como hija natural del odio y de la envidia, siempre anda procurando cómo manchar y oscurecer las vidas y virtudes ajenas». Ob. cit., pág. 278a.

«Y es gran prudencia, cuando el daño puede remediarse que se reme-

die, y cuando no, que se disimule. Hizose risa dello, contándolo a cuantos príncipes y señores lo visitaban, en las conversaciones que se ofrecían... Si supiesen los señores cuánto les importan honrados y buenos criados, la comida se quitarían para dársela, por ser ellos la verdadera riqueza». Ob. cit., pág. 367a y b.

«Y es así que quien teme la muerte no goza la vida». Ob. cit., página 365a. Es el pensamiento de Séneca expresado en la Ep. IV, aparte de las consideraciones de las Eps. XXIVy LXX.

«En las dificultades han de conocerse los ingenios y en las cosas grandiosas de importancia se muestran». Ob. cit., pág. 365b.

«Fue mucho salto a paje de pícaro —aunque son en cierta manera correlativos y convertibles, que sólo el hábito los diferencia—, por fuerza me había de lastimar... Yo estaba enseñado a las ollas de Egipto; mi centro era el bodega, la taberna el punto de mi círculo, *el vicio mi fin*, a quien caminaba. En aquello tenía gusto, aquello era mi salud y todo lo a esto contrario lo era mío». Ob. cit., pág. 360a.

En ocasiones, el pícaro tiene de senequista una ligera apariencia; pero nada más opuesto. En cuanto pícaro-viejo, en sus reflexiones, se acerca un tanto más, pero cuando más se le acerca, a lo sumo camina paralelo, sin jamás coincidir en el mismo objetivo de vuelo. Además, esto se puede considerar pero no es justo ni es todo, y no querría decir que el senequismo no fuera tenido en cuenta, pese a esas llagas mugrientas y marcadas a las que el senequismo se aplica como centáurico remedio. Lo que se puede decir es que no siempre queda claro el nivel del plano en que se mueven las reflexiones del pícaro.

«De todas las cosas criadas ninguna podrá decir haber pasado sin su imperio. A todas le(s) llegó su vida y tuvieron vez». Ob. cit., pág. 357b.

«A la Verdad aconteció lo mismo. También tuvo su cuándo, de tal manera, que antiguamente se usaba más que agora... Mas como lo bueno cansa y lo malo nunca se daña, no pudo entre los malos ley tan santa conservarse». Ob. cit., pág. 358a.

«¿Qué puedo más desdichado de mí? Nacido soy; paciencia y barajar, que ya está hecho». Ob. cit., pág. 356a.

«Y no entiendas que lo que tienes y vales es mejor lana, sino por mejor cardada, y el que a ti te lo dio y a mí me lo quitó pudiera descruzar las manos y dar su bendición al que fuera su voluntad y mereciera». Ob. cit., 354b. En todo caso, doctrina opuesta a Séneca, aunque en sí misma ya se apunta su superación y trascendencia.

«Estos tales ganaban por su caridad el cielo por nuestra mano, y nosotros lo perdíamos por la dellos, pues con la golosina del recibir, pidiendo sin tener necesidad, usurpando nuestro *vicio* el *oficio* ajeno».

Ob. cit., pág. 348a. Claramente, pues, según el testimonio de nuestro pícaro, su filosofía está inventada para alimentar un vicio, siendo, pues, ella también viciosa; mientras que la verdadera moralidad nace al servicio de la virtud, de un honroso oficio.

El pícaro es sufrido a la fuerza. Por eso deja de serlo en cuanto puede: «porque compra muy caro el que recibe y más caro vende quien lo da al que lo agradece. Y si en esto del pedir he de decir mi parecer, es lo peor que tiene la vida del pobre, siéndolo forzoso, porque aunque se lo dan, le cuesta mucho pedirlo». Ob. cit., pág. 348a.

«Cuando pidas, no te rías ni mudes tono; procura hacer la voz de enfermo, aunque puedas vender salud, llevando el rostro parejo con los ojos, la boca justa y la cabeza baja... Responde con humildad a las malas palabras y con blandas a las ásperas, que eres español y por nuestra soberbia siendo malquistos, en toda parte somos aborrecidos y quien ha de sacar dinero de ajena bolsa más conviene rogar que reñir, orar que renegar, y la becerra mansa mama de su madre y de la ajena». Ob. cit., pág. 345b. Son estos momentos dados con visos de acabada reflexión, los que hacen dudosa la verdadera filiación de la ideología picaresca. Parece ser que todo esto forma parte de esa gran enfermedad de la que el pícaro quiere sanar aplicándose la medicina saludable del senequismo. Y esta trabazón íntima de arrepentimiento y de pecado, de reflexión y mundanidad, este centaurismo es uno de los focos de la belleza de estas obras, que sin él quedarían reducidas a banales reflexiones o interminables picardías. Aquí el pícaro sangra de esta herida de pacientismo picaresco, que es mera cantilena en aras de un pragmatismo y de un egoísmo refinado y nada hosco ni malintencionado. Observemos que él ya se ha curado en salud con esa su ironía fina, con ese cuadro digno de los mejores lienzos de Velázquez, «el rostro parejo con los ojos, la boca justa y la cabeza baja».

«Iba entre mí diciendo: ¿Quién me hizo tan curioso, sacando el río de su madre? ¿Cuándo podré reportarme? ¿Cuándo escarmentaré? ¿Cuándo me contentaré con lo necesario, sin querer saber más de lo que me conviene?...» Ob. cit., pág. 345a. Normalmente, el pícaro reacciona y reflexiona por reacción, para no recibir más embates. Claro que su crítica ocasional es superficial, y muy distinta de la más profunda senequista.

«Ordenanzas mendicativas... Que ninguno se atreva a hacer embelecocos, levante alhaja..., ni desnude niño, acometa ni haga semejante vileza; pena que será excluido de nuestra Hermandad y Cofradía y relajado al brazo seglar». Ob. cit., págs. 342 y 343.

El pícaro es un ser con esta preocupación eterna: vivir por en medio

de esta vida sin glorias pero sin penas. Lo demás a esta comodidad se ordena.

«Lo que hallares no grave ni compuesto, eso es el ser de un pícaro el sujeto deste libro... Las tales cosas aunque serán muy pocas, picardea con ellas: que en las mesas ha de haber de todos gustos, vinos blandos y suaves, que alegrando ayuden a la digestión, y músicas que entretengan». Ob. cit., pág. 237a.

«El mismo escribe su vida desde las galeras, donde queda forzado al remo... Y no es impropiedad ni fuera de propósito, si en esta primera —parte— escribiere alguna doctrina; que antes parece muy llegado a razón darla un hombre de claro entendimiento, *ayudado de letras y castigado del tiempo*, aprovechándose del ocioso de la galera... poca consideración de los mozos en las obras que intentan, y cómo, teniendo claros ojos, no quieren ver, precipitados de sus falsos gustos... En el segundo, la vida de pícaro que tuvo... En el tercero, las calamidades y pobreza en que vino, y desatinos que hizo por no quererse reducir ni dejarse gobernar de quien podía y deseaba honrarlo... En lo que adelante escribiere se dará fin a la fábula». Ob. cit., pág. 237b.

«...pues en la historia que ha sacado a luz nos ha retratado tan al vivo un hijo del ocio». Ob. cit., pág. 238a.

«Aquel famosísimo Séneca, tratando (2) del engaño, de quien ya dijimos algo en el capítulo tercero deste libro aunque todo será poco, en una de sus epístolas dice ser un engañoso prometimiento, que se hace a las aves del aire, a las bestias del campo, a los peces del agua y a los mismos hombres». Mateo Alemán, *Guzmán de Alfar.*, II, pág. 423 a y b.

Se trata, sin duda, de la Ep. VIII, de la que, por su importancia, citaremos algún fragmento: «1 “Tu me, inquis, uitare turbam iubes, secedere et conscientia esse contentum? Vbi illa praecepta uestra, quae imperant in actu mori?” Quod ego tibi uideor interim suadere, in hoc me recondidi et fores clusi, ut prodesse pluribus possem. Nullus mihi per otium dies exit: partem noctium studiis uindico: non uaco somno, sed succumbo et oculos uigilia fatigatos cadentesque in opere detineo. 2 Secessi non tantum ab hominibus, sed a rebus, et imprimis a meis rebus: posterum negotium ago. Illis aliqua quae possint prodesse conscribo: salutare admonitiones, uelut medicamentorum utilium compositiones, litteris mando, esse illas efficaces in meis ulceribus expertus, quae etiam si persanata non sunt, serpere desierunt. 3 Rectum iter, quod sero cognoui et lassus errando, aliis monstro. Clamo: “Vitate quaecumque uulgo placent, quae casus adtribuit: ad omne fortuitum bonum suspi-

(2) La ed. de D. Angel dice «tratado» sin duda por error de imprenta, y que comprobamos con la ed. de 1750 de la Biblioteca Municipal de Valencia.

ciosi pauidique subsistite. Et fera et piscis spe aliqua oblectante decipitur. Munera ista fortunae putatis? Insidiae sunt..." 5 Hanc ergo sanam ac salubrem formam uitae tenete, ut corpori tantum indulgeatis, quantum bonae ualentudini satis est. Durius tractandum est, ne animo male pareat... cogitate nihil praeter animum esse mirabile, cui magno nihil magnum est... 10 Hunc sensum a te dici non paulo melius et adstrictius memini: "Non est tuum, fortuna quod fecit tuum. Illud etiamnunc melius dictum a te non praeteribo: "Dari bonum quod potuit, auferri potest"».

Y es significativa la elección de esta carta no sólo por el propósito directo e inmediato de criticar su engaño respecto a la amistad de «Sayavedra», sino también por lo que hace al origen y razón de ser de su libro, también concebido en ese aislamiento, recogimiento sabio, a que alude Séneca en esta carta. Aparte de otras citas como la, sin duda, hecha al II De Ira, XXXII, los elogios que dedica en este lugar, y a propósito de tal cita, son muy significativos en cuanto a senequismo y picaresmo se refiere.

Este hablar Séneca por boca del sabio, aleccionando a Lucilio, de que se desvela en interés de la posteridad, escribiéndole unas cosillas que pueden serle provechosas: saludables admoniciones, a guisa de recetas útiles, «Illis aliqua quae possint prodesse conscribo: salutare admonitiones, uelut medicamentorum utilium compositiones, litteris mando, esse illas efficaces in meis ulceribus expertus...».

Este escribir a otros experiencias propias para aleccionarles, es algo que ha de marcar el sesgo de la novela picaresca. Diríamos que es el retrato auténtico del pícaro literario, este personaje ya maduro y curtido por sus experiencias, «ayudado de letras y castigado del tiempo», que accede a contarnos su vida, tan al vivo, que la vuelve a vivir para nosotros, como quien sólo ha representado una comedia en su vida, y la vuelve a representar, por última vez, para complacer a sus amigos y aleccionarles. Y justamente, también encontramos idéntica actitud en este recogido sabio de la carta VIII de Séneca a Lucilio. «Rectum iter, quod sero cognoui et lassus errando, aliis monstro» (Enseño a los otros el camino recto que conocí tardíamente y cuando estaba ya cansado de devanear). Es justamente la propia actitud de este personaje literario, el pícaro, que cansado de su devaneo existencial, se retira a su libro, a su diario, a su confesión, para darnos, junto con su vida, la interpretación del «camino recto que conoció tardíamente», «castigado del tiempo».

Y lo que dice en sustancia el pícaro, viene a coincidir con lo que nos dice Séneca por boca de este sabio a Lucilio. «Vitate quaecumque uulgo

placent, quae... —podemos recordar las pocas alabanzas, las ofensas casi, que dedica Mateo Alemán, 235b, 236a, “Al Vulgo”, en la portada de su muy pensado libro—, casus adtribuit: ad omne fortuitum bonum suspiciosi pauidique subsistite». VIII, 3. Justamente ésta podría ser la conclusión de la lección que el pícaro nos quiere dar con la revelación de su vida y conocimiento del camino recto. Estas alusiones a la fortuna, a sus celadas, «Munera ista fortunae putatis? Insidiae sunt...», VIII, 4, forman el bagaje de la argumentación del desengaño que quiere infundirnos.

Incluso la materialidad del desarrollo del pensamiento de Séneca parece estar encarnado en el de esta misma idea «sub specie litteraria», que es el pícaro. «Hanc ergo sanam ac salubrem formam uitae tenete, ut corpori tantum indulgeatis, quantum bonae uoletudini satis est. Durius tractandum est, ne animo male pareat...». VIII, 5. Y algo de esto se cumple en nuestro pícaro, educado en dureza y el rigor del hambre, desnudez...

«Haga nombre del mal nombre quien desea que se le caiga presto». Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, Parte II, pág. 416a.

«Como por las cosas de *interese* y *gusto* importe tanto despedir el miedo y acometer a las dificultades con osado ánimo, yo lo mostré aquella vez más de lo que importaba, pues con agua del cielo y barro en el suelo, la noche tenebrosa y dándome con la frente por las esquinas, vine a el reclamo». Ob. cit., pág. 411b.

«Virtudes vencen señales y nada es parte para que la honrada mujer deje de serlo». Ob. cit., pág. 410b.

«Que para que la boca se hinche de risa no ha de estar el vientre vacío de vianda y nunca se quisieron bien gracias y hambre: tanto se ríe cuanto se come». Ob. cit., pág. 404b.

«Baste para mí entender, y acá, para los de mi tamaño, saber que todo miente y que todos nos mentimos». Ob. cit., pág. 420a. «Et fera et piscis spe aliqua oblectante decipitur». Ep. VIII, 3.

«Y el mejor, cuando muy bueno, es un poco de polvo. Escojan de cuál polvo quieren ser, si de tierra o de ceniza, porque no hay otro... Que somos como las aves del cortijo: llega el águila y lleva la que le parece...» Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, Parte II, pág. 420b.

«Soy cuchillo de melonero: ando picando cantillos, mudando hitos. Hoy aquí, mañana en Francia. De cosa no me congojo ni en alguna permanezco. A mis horas como y duermo. No suspiro en ausencia, en presencia bostezo y en esto las muelo... Pues el buen avisado aunque por interesar la privanza le acontezca dar calor al apetito de su amo,

no está fuera de obligación de volver la rienda cuando lo viere corregido, animando su buen propósito». Ob. cit., pág. 418b.

Está bien claro el oportunismo picaresco. Nada más alejado del verdadero senequismo. Cuando se habla de senequismo en la Picaresca, se confunde el mar con el desierto por un efecto de espejismo, como si las palabras sonaran sin más dirección ni intento. Aguantar e incluso despreciar los embates de la fortuna, por tal no es más senequista que su contrario, es una veleta expuesta a la dirección del viento. Todo esto sería cierto en un orden abstracto de ideas. No lo es realmente, si en este caso, en Séneca no consideramos solamente las «recetas útiles», «medicamentorum utilium compositiones», que nos da, sino también esas úlceras purulentas donde él hizo la experiencia del compuesto de sus libros, «esse illas efficaces in meis ulceribus expertus».

El pícaro es este Séneca ulcerado, recomido, macilento, que nos muestra su remedio en el preciso momento en que él se lo está poniendo. No hay esa seguridad posterior. Hay lucha encarnizada y doloroso proceso de curación.

XII

CONCLUSION

«Mudable llaman a la fortuna. Verdad dicen, que poco estable es la quietud del hombre. Nadie presume de firme en un estado, en cuanto viva sobre la tierra, cruel territorio de pesares». Francisco Santos, *Periquillo el de las Gallineras*, pág. 1845b.

Pedro no es ningún pícaro. Al hablar del modo de ser del pícaro no podemos aludir al de Pedro, en *El Periquillo el de las Gallineras*.

Esta idea estoica reflejada en 1845b, está a la base de toda la Picaresca. El modo de habérselas con esta mudable fortuna es el punto diferencial de senequismo y estoicismo. Séneca trata de sobreponerse a esta madrastra fortuna en lucha dolorosa y sangrienta. El estoico la siente como espectáculo ajeno a su imperturbable torre marfileña. Para el estoico, el mundo es simple espectáculo y comedia en que él interviene, siendo a la vez impasible espectador de su pura representación cómica. Para el senequista, aunque en el fondo campee el espectáculo, la vida no es simple comedia. Es acción, compromiso e ineludible tragedia en que él interviene, doloroso y paradójico actor, con el puro afán de vencer lo invencible, de no sentir lo más sensible y quedar paradójico impasible espectador de su muy doloroso papel del vivir trágico.

Séneca se ofrece valeroso e inflexible espectáculo a ese trasfondo de la más cruel representación, trasfondo que es el super-yo, la conciencia, que es virtud y es sabiduría, que gusta de ser timón imperturbable del más zarandeado bajel, y dar alegría en el dolor y satisfacción en la lucha.

Pero bien examinado el contenido del obrar de los pícaros, si bien el lado humano no aparece descarnado como en el estoicismo, en cambio, el lado noble de este sentimiento y de esta lucha falta por completo. Con lo que de manos de estos pícaros vamos más encaminados al mundo del hedonismo que al del humano y sobrehumano senequismo.

No es la virtud lo que preocupa al pícaro. Es la necesidad. Y ésta es el eje de su conducta. Diríamos, pretendiendo acercar términos, que el picarismo es la solución senequista a la periclitante e indigente existencia, a la pura necesidad, como el senequismo lo es a la tan dificultosa virtud.

Si hubiéramos de escoger un personaje senequista en el mundo de la Picaresca, no hallaríamos otro más afín que el moldeado por sus patrañas y gazmoñerías, atacado por sus mentiras y chismes, Pedro, en *Periquillo el de las Gallineras*. No obstante, no cae fuera de nuestro amplio sujeto, senequismo y picarismo, que es una amenaza a este jocoso y jugoso ente literario. Desde sus comienzos, el senequismo se cierne como un ave voraz sobre el débil y chismoso personaje de estas obras. Unas veces este senequismo se disfraza de esa eterna ironía, sonrisa del pícaro. Otras es el animador de la más pura y explícita intención moralizadora del artífice de estos libros. Y, finalmente, salta de estos escondrijos para alzarse con la configuración del propio personaje, que siéndolo de una obra picaresca, ya no es pícaro, para ser «un embozado Séneca», por carecer de picardía, peculiar forma de encarar la necesidad, con un aire senequista, entre arrogante y doloroso, bajo el prisma antisenequista de una primaria angustia existencial, con menoscabo o o desatención del gran móvil de la tragedia senequista, que es la virtud.

«Pedro lloraba tan amargamente que causaba dolor, aunque tal vez reprimía el llanto y consolaba a sus pobres dueños con ejemplos, cuyo fin era decir: "Cúmplase en todo la voluntad de Dios"». Ob. cit., página 1846a. Aquí hay cristianismo, pero también senequismo, en solución paralela, sintiendo y resistiendo, sintiendo lo inmediato, y abrazándose al orden universal, que en Pedro, católico, se concreta en la «voluntad de Dios».

«Sólo lloraré el que hayas venido a un mundo tan desdichado, tan triste y avariento, donde todo es guerra perpetua». Ob. cit., pág. 1843b. Un tal pesimismo no tiene nada que ver con el auténtico senequismo, que si parte de una consideración pesimista, no se queda allí.

«No en balde el aprobador del libro, Fray Tomás de Avellaneda, llama a Santos «un político cristiano y un embozado Séneca». Ob. cit., Introducción de don Angel, pág. 1841.

«¿Qué hay, Pedro? ¿Qué golpes de fortuna son éstos? Ayer pobre y arrojado; (¿?) a breves horas, rico y amado; luego, pobre y desamparado. Poco ha, acomodado y regalado; ya, sin amparo y en la calle. Ea, buen ánimo, que en las prosperidades lo constante y animoso no admira en el hombre; en las fortunas adversas se conocen los quilates del valor». Ob. cit., pág. 1850b.

«Mundo quiere decir lindo, compuesto y aseado, concertado y perfecto, obra organizada del Soberano Artífice... Los hombres malos, que se volvieron fieras, hacen malo al mundo». Ob. cit., pág. 1857a y b. En Pedro hay un gran resentido social, y no está muy lejos del hondo pesimismo de la negra picaresca, que a lo sumo no deja asomar más muestra de felicidad que una estereotipada sonrisa. Este pesimismo no está muy lejos del senequismo, pero se encuentra en los antípodas del verdadero Cristianismo.

«En verdad que venimos al mundo para merecer, pero no para valer... Saber vivir es saber obrar; retirarse del mundo por buscar la quietud será prudencia, pero no sabiduría, porque la contemplación del espíritu sin obras más viene a ser vicio de la potencia que virtud del acto... Si comemos muertos y vestimos muertos, no lo somos...» Ob. cit., página 1686b. Este espíritu de lucha como razón del vivir es típicamente senequista. Claro que el plano de vida es distinto, de primario subsistir en el pícaro, y de más noble merecimiento y liberación de todo por el ejercicio de la virtud en Séneca.

Estas ideas más o menos próximas al senequismo están contrapunteando el verdadero pensar del auténtico pícaro, representado en estos casos en la matusalena abuelita de la niña, Beatriz, de 48 años. Y siendo el pícaro más bien opuesto al verdadero senequismo, si aducimos estos textos es porque el pícaro dentro de la creación literaria no es solamente el personaje que él prefigura o representa, sino también todos esos opositores que critican su vida pasada, la enderezan o ridiculizan. El pícaro es un personaje centáurico, como llevamos dicho, paradójico, que conforme va naciendo va dejando de ser gracias a ese prisma crítico, pícaro viejo, en que se va fundiendo su vida.

«Vivimos entre muertos, comemos muertos, vestimos muertos, visitamos muertos, lisonjeamos muertos, y con tener a vista tanto cadáver, queremos vivir para siempre. No somos señores de nosotros mismos, pues a físicas medicinas, nos gastamos, y cuando espjemos vida, entonces nos rodea la muerte. ¡Qué aguardamos de fábrica amasada con

agua y polvo y alentada con fuego y aire!» Ob. cit., pág. 1686a. «El principio del nacer es jeroglífico del morir; todos nos vamos y la tierra permanece». Ob. cit., pág. 1685b. No sería exagerada una comparación con el «Sein zum Tode» del «Sein und Zeit», de Heidegger.

Este hombre, señor y dueño de sí, de un Séneca, brilla por su ausencia en tales límites de la Picaresca, cuyo personaje humano, en definitiva, nace del vicio, se encenega en él, hasta que ya falto de humores, le viene a entrar el juicio.

Es interesante la concepción de la Picaresca que Américo Castro nos ha dejado expresada en su «El pensamiento de Cervantes», *Revista de Filología Española*, Anejo II, Madrid, 1925: «...picaresca es esencialmente la realizada por Mateo Alemán; es el molde fraguado para contemplar de cierta manera la vida humana; en ella son esenciales la técnica naturalista, el carácter autobiográfico y gustar la vida con mal sabor de boca... Cuando Mateo Alemán ha querido realzar el bajo nivel de su relato, ha tenido que abandonarlo, y sobreponerle mecánicamente largas digresiones moralizadoras: salvación artificiosa y estéticamente infecunda, desde el punto de vista del género novelístico... Danse en la obra cervantina, parcial y externamente, ciertos elementos de novela picaresca. Por lo pronto hay pícaros: Ginés de Pasomonte, los rufianes del teatro, la gentuza que asoma acá y allá en el Coloquio, en otras novelas, sobre todo en *Rinconete y Cortadillo*. Pero esos pícaros son siempre objeto de las manipulaciones artísticas del autor que los maneja como figuras de retablo». Págs. 234 y 235.

Pero este pícaro que no se contenta con exponer su vida como mero pasatiempo y que no retiene por más tiempo su decidida intención moralizante, no busca una salvación artificiosa, busca una salvación que va muy bien con su natural intención de «modelo a no seguir», intenta una salvación por contraste y al filo de su desdichada y maliciosa vida. Y del maridaje de la antítesis «voluntad-acción» surge una muy fecunda creatura artística, alentada y vivificada precisamente por ese «gustar la vida con mal sabor de boca». Es que las manzanas de la vida que el pícaro goza en ese «bajo nivel de su relato» no brotará como fruto sazonado de una tierra virgen y de inocencia —como en ciertos episodios de nuestro Lazarillo, para el que todo son elogios en Castro—, sino de una tierra manchada y podrida por la fatalidad de una tremenda y primera caída, que inficiona aun sin querer lo más lozano de las frutas que ella cría. No, nuestro pícaro viejo y reflexivo no debe renunciar a darnos su lección, incluso machacona, angustiada y trágica, que bien a su pesar no puede producir un buen «sabor de boca» con los frutos que produce en un tan «bajo nivel». «Así los prados... Todo son hoyos,

pedras y basura». No, a él no le engañan las postales más bonitas, él ha ahondado y sabe bien —al menos eso piensa— la realidad en que se encuentra.

«¡Cuánto distan las obras de los pensamientos! ¡Qué hecho, qué frito, qué guisado, qué fácil es todo al que piensa; qué dificultoso al que obra!» *Guzmán de Alfarache*, Parte I, pág. 297a.

Este dificultoso «homo faber» que se confiesa nuestro pícaro es una réplica al puro «homo sapiens» de los estoicos, y un acercamiento al más integral pensamiento senequista.

No convence pensar que «Cuando Mateo Alemán ha querido realzar el bajo nivel de su relato, ha tenido que abandonarlo...».

Cada obra de arte engendra belleza a su manera. Y ésta la engendra en lontananza, por sus «lejos», a que no en vano alude su autor. La impresión trágica y tremendamente bella que surge al contemplar a nuestro pícaro pertrechado de tan nobles aspiraciones y sumido en el lodazal de un trasiego vital tan a ras de tierra. Aroma de nobles pensamientos y hedor de cenegosa tierra forman ese cuadro en claroscuro de la mejor muestra y arquetipo de nuestras obras picarescas.

El pícaro es un aprendiz a filósofo estoico, un pequeño Séneca, un hombre que cuenta sus peripecias, reflexiona sobre ellas y nada se fia de cuanto se le ofrezca. La serenidad que predica Séneca supone un choque continuo a una realidad adversa, siempre adversa aun en la aparente bondad. Hambre, desnudez, soledad, hastío, todo va sucediéndose en el tejido vital del pícaro, que reacciona serenamente, automáticamente diríamos, ante todas estas circunstancias.

En la Picaresca se tiende a una inversión de valores; la hidalguía orgullosa queda en nada; lo pequeño se enaltece. El pícaro del Guzmán da una queja y crítica de los malos tratos y egoísmos de los poderosos humanos en riqueza, poder, etc. Su pesimismo humano es bastante manifiesto: «Desta manera pasa todo en todo lugar».

La técnica del ejemplario consiste en atraer la atención del oyente, agradablemente, a la consideración que interesa realice. Es un medio, no un fin. La técnica picaresca tiene poco de ejemplar, y, por tanto, muy poco de ejemplario. Su finalidad es la hilaridad, y de rechazo una lección de vida. Eso es todo. Esta es la impresión que se tiene en ciertas obras picarescas, pero no se puede negar la muy sui generis técnica de ejemplario de las obras picarescas, que desemboca en una lección de vida de naturaleza fluctuante según el autor que consideremos.

Toda sátira supone, por contraste, una decidida posición contraria. Es el orgullo, el afán desmedido, lo que a menudo entra en la muela picaresca. El pícaro, empero, no es el sabio impasible ante la circunstan-

cia próspera o adversa. Y es que la Picaresca, en el fondo, pende de un muy complejo código vital, entre estoico y cínico, entre desprendido y hedónico, por obra y gracia de su filiación senequista.

Frente al vano orgullo y penoso incluso, se afina en la moral estoico-senequista. Ante el trabajo es un burlón, sin llegar a sátira, y aunque no se adhiera a ningún oficio por dedicación, más que por conveniencia, su posición ante el trabajo, en el fondo, es el respeto. Y en medio de la prosperidad es un desafortunado epicúreo.

«... pues ni le desvanece la elocuencia con palabras». Guzmán de Alfarache, Parte I, pág. 236b.

«Lo que hallares no grave ni compuesto eso es el ser de un pícaro el sujeto de este libro». O. c., pág. 237a.

La Picaresca tiene mucho de crítica senequista y hedónica ejemplificación vital.

El pícaro se ríe de la fatuidad, de la hipocresía. Y, en efecto, el pícaro dista mucho del hombre fatuo, hipócrita, etc., aunque su código, por así decirlo, existencial, dista mucho del Séneca reflexivo que lleva dentro.

En la crítica y en la reflexión ante los aciagos y desdichas de su vagadeo vital, el pícaro muéstrase fácil discípulo del autor de las Cartas a Lucilio. Manifiéstase, no obstante, sediento caminante que hedónicamente va gozando de los pequeños oasis que el tórrido desierto de su desdichada existencia, como por excepción, le va ofreciendo.

En la Picaresca podría darse el maridaje del senequismo integral, el sereno y el trágico, esos dos cauces del genio senequista, de «Aquel filósofo español que enseñó el sereno cumplimiento del deber y escribió 9 tragedias de venganza, crueldad y locura», Highet, *La Tradición Clásica*, I, pág. 327. El pícaro se presenta vitalmente cínico-hedónico, y reflexivamente estoico.

Podría decirse que el senequismo picaresco es una especie de «senequismo». Funde las dos tendencias del picaresmo, el estoicismo y el cinismo, en una histórica, verosímil y viviente realidad. Es como la dentada lanzada por el barroco al senequismo, debido a ese arte del contraste que invade todo el quehacer de los Siglos de Oro españoles. El arte, el pensamiento y el vivir están vertebrados por líneas contrastadas e íntimamente unidas, aunque claramente perceptibles.

El pícaro no es un antihéroe. Al contrario, es héroe de todos los obstáculos, aun los más inverosímiles. Pero es un héroe, cuyo código de acción es algo parecido al senequismo. Es un héroe distinto de los de Caballería y los de la época. Es un héroe sin espada. Llega a triunfar con la fuerza de su ingenio. Este aire triunfal jamás se aparta del vagadeo picaresco. No es un héroe de los caballerescos al uso, héroes en las estrellas,

sin triunfos concretos en sus manos, de fantasmales enemigos y victorias fingidas.

El pícaro es un héroe real y verdadero, con enemigos e ideales concretos —senequismo, más cínico que estoico. La novela picaresca se presenta como un afán de hacer historia de un mundo de trasfondo, distinto de ese otro de brillo, de escudos y de lanzas. Se hace célebre por el género que instaura, y que se va proliferando hasta llegar incluso a nuestros días. No es un «anti» lo que se ensaya. Es una posición la que se adopta.

Faltaba historiar un mundo de heroísmo y de maravillas, que de puro conocido, pasaba inadvertido relativamente. Era el mundo de los niños, de los malavenidos y pilluelos, que mucho tienen de común: entes reales, normales, corrientes, que viven en un mundo de ilusión, de graves problemas pequeños y de incomparables heroicidades insignificantes.

En la Picaresca la máquina formal es senequista, pero no los móviles. El pícaro sólo es senequista ante la adversidad, que rara vez logra hacer mella en su alma. La riqueza la busca siempre, y cuando la tiene la saborea y se deja llevar por sus hechizos, si bien es verdad que con poco se contenta. En cuanto a la virtud, es lo más opuesto al senequismo, ya que el pícaro es vicioso con avaricia.

Los móviles de conducta del pícaro coinciden con la necesidad, provocada por el hambre, el miedo, el vicio o la costumbre, «... a lo menos pone mayor cuidado el miedo». Mateo Alemán, Guzmán de Alfarache, Parte II, pág. 563a. Y mil veces se alude a la escuela del hambre, del vicio, de la costumbre.

Los móviles de conducta del senequismo deben convergir todos en el gran imperativo absoluto de la «virtud por sí misma».

Pese a las apariencias de tanta oposición, cabe un acercamiento. Y es que ambos parten de la necesidad, del desengaño, del gozo no prolongado, del dolor, de la inseguridad, del cuidado. Séneca partiendo del fondo de sus miserias y desengaños ha buscado algo sólido y duradero, y no lo ha encontrado sino en la virtud, y no por otra razón que por sí misma, por la belleza que en sí misma tiene. El pícaro es un senequista y un Séneca en ciernes porque está en la fase del desengaño, de la necesidad, de la búsqueda de lo seguro y permanente, y no lo encuentra sino como destellos, tras la experiencia dolorosa, sangrienta a veces, de su apresurado y largo trasiego vital. En lontananza, allá al fondo de su larga carrera, de su insaciable e insatisfecho afán, el pícaro se promete senequista, y como en un despego y desengaño total, estoico.

«... lo poco que resta de mis desdichas». O. c., pág. 567a. Cuando el pícaro habla de «desdichas» a veces no quiere dar a entender infelicidad, sino daño corporal. Claro que normalmente en el pícaro estas «desdi-

chas» llevan aparejada la infelicidad únicamente por el puro sinsabor con que se presentan al mortal, que ha de morder muy profundo y por una corteza muy áspera, hasta llegar a gustar el sabor de la deliciosa enjundia donde sólo los esforzados saben llegar, obteniendo la recompensa de la felicidad permanente, tan distinta de la únicamente pasajera, fugaz y epidérmica, que desespera tan pronto como alegra.

Nada estable hay en la perspectiva del pícaro: «Al fin se canta la gloria», refiriéndose a la azarosa «crianza de la seda», *El Donado Hablador Alonso*, pág. 1320a, en «la muy noble y leal ciudad de Murcia». O. c., página 1319b.

Todo es tránsito hacia un fin incierto. El pícaro vive cara al mañana cambiante, amparado en el cambio o temiendo su golpe. El senequista vive en el presente y de él saca el apoyo para su mayor felicidad o ejercicio de la virtud. Vive braceando en el presente contribuyéndose el monumento de su imperturbable soberanía moral. Está más por encima de las circunstancias, que considera, pero a las que no se condiciona servilmente. El pícaro es muy «yo y circunstancia». Se atiene mucho a ella y si no se le compenetra es porque teme o espera su solución.

No es la Picaresca el diario de un estoico, impassible ante la circunstancia, sino que es el moderno existencialista que lucha con su circunstancia para conseguir una mejora vital. Se hace moralista después de cada fracaso o inocentada de la circunstancia, y, sobre todo, después de la gran inocentada de su odisea y trasiego vital al término de su vida. Entonces, finalmente, se hace conservador, que no es propiamente senequista, no llegando más que a una profunda y ejemplificada visión senequista de la vida.

El pícaro que en ocasiones parece ser un verdadero cínico, no lo será por largo tiempo, vadea en seguida la estimativa de su conducta, y guiado por su sensibilidad irónica se torna verdadero estoico o perfecto hedónico, según las circunstancias. Se deja guiar por la circunstancia favorable, y se rebela contra el adverso devenir. Pero si ocurre esto normalmente en un orden existencial y meramente vital, es más estoico que cínico o hedónico en el orden del pensamiento, entregado a la reflexión.

El «senequismo» vertebró toda la obra, y senequista es la actitud continuamente cambiante del pícaro. Es posible afirmar que en los momentos de esta fluctuación campea el estoico y el cínico y el hedónico, sin poder etiquetar a nuestro personaje de estoico, cínico o hedónico, teniendo parentesco con todos ellos. La calificación senequista aparece, pues, como la más apropiada en cualquiera de los planos de la consideración global de este personaje.